EL CUARTO JINETE: ARMAGEDÓN

Víctor Blázquez

DOLMEN
EDITORIAL

cuarto jinete_armaguedon.indd 3 25/03/13 12:14

A mi madre, que siempre apoyó mis creaciones e impulsó al ser creativo que vive dentro de mí.

Y a mi hermano, que me obligó a leer novelas de terror cuando yo aún no soltaba las juveniles. Gracias por sumergirme en el Rey.

PRÓLOGO

—POR JAVIER COSNAVA—

Yo soy el que limpia.

Si hay algo que no debe o no debió suceder, algo equivocado, algo indecoroso, algo que no pueda salir a la luz pública..., yo voy y limpio la escena del crimen, de la violación, del desastre. A veces hay que sobornar, hay que mentir, hay que amañar pruebas. No es raro que aparezca un tipo que sabe demasiado, o un periódico, o un político, o una zorra ambiciosa.

Da igual lo que sea, o cómo sea. Yo me encargo de que las aguas vuelvan a su cauce. A veces bajan revueltas, o rojas de sangre. Pero al final vuelven a su cauce. Podéis estar seguros.

Nunca hago preguntas. Sólo recibo un informe, cojo mis bayetas y mi mopa (mejor las llamaremos así) y me voy de limpieza.

Y hoy también me toca limpiar.

Recibo mis órdenes de madrugada. Son escuetas, como siempre, casi lacónicas.

Un pueblo llamado Castle Hill ha sido borrado de la faz de la Tierra por una horda de muertos vivientes. Un idiota llamado Harvey Deep propagó una enfermedad mortal que afectó en pocas horas a la práctica totalidad de la población. Razón: en un laboratorio secreto intentaba robar un virus para venderlo al mejor postor y la cosa no salió como esperaba. Pero Harvey no debe ser «limpiado» porque de ello ya se encargaron los zombis, que se lo comieron a él y de paso al 99% de los habitantes del lugar.

Mientras me visto, repaso mentalmente el resto del informe antes de prenderle fuego y dejarlo consumiéndose en el cenicero del salón.

La infección ha sido controlada en Castle Hill y unos pocos supervivientes han sido enviados a un hotel en los Ángeles. Entre ellos está el creador de la cepa maligna, un tal Kurt Dysinger, quien, en compañía del coronel Bernard Trask, va ahora mismo camino del laboratorio de Castle Hill, donde empezó todo, con orden de destruir cualquier vestigio del

cuarto jinete_armaguedon.indd 7 25/03/13 12:14

virus Cuarto Jinete (NOTA MENTAL: nombre en clave de la ponzoña causante del contagio).

Ya he salido de casa, me he subido a un coche oficial. Hace frío. Tengo algo de sueño y cierro los ojos mientras intento diseñar un plan de contingencia. Soy bueno improvisando, por eso soy el que limpia. Nada puede salir mal. Nada sale nunca mal cuando yo me hago cargo.

Debo tener especial cuidado con el coronel Bernard Trask, que está al mando del grupo operativo que se ha encargado de «limpiar el pueblo» de muertos vivientes. Llegaré al laboratorio apenas media hora antes que el coronel y que Kurt Dysinger. No tendré mucho tiempo para realizar mi propia «limpieza».

Subo al helicóptero en una base secreta de la CIA y mientras sobrevuelo Castle Hill estoy pensando en lo hermosa que es la palabra «limpiar», con toda esa polisemia, esos maravillosos significados que atesora y que uno puede otorgarle a voluntad. En el momento del aterrizaje estoy sonriendo, mientras en mi cabeza echo un último vistazo a las órdenes.

Su misión es:

1— Informar a la Agencia Central de Inteligencia (CIA) de cualquier dato erróneo en la evaluación de cuanto ha sucedido en Castle Hill. No informar de ello al presidente de los Estados Unidos.

2— Conseguir un vial del virus Cuarto Jinete. Es un arma demasiado poderosa para destruirla, tal y como ha ordenado el presidente. La CIA quiere hacerse con ella para investigarla en sus instalaciones.

3— Lo ideal sería salir de Castle Hill con el vial antes de que lleguen Kurt Dysinger y el coronel Trask. Si esto no fuera posible, deberá quitárselo a ellos y luego «limpiarlos».

4— Luego de lo anterior, deberá «limpiar» también a cualquier testigo de sus actos y regresar a la base.

Pero a veces la limpieza no sale como uno ha previsto. Y esta es una de esas veces. Acaso la peor de mi carrera, porque nada está saliendo como yo esperaba.

Al principio fue sólo una sensación. Algo me decía que todo iba mal. No sabía dónde. No sabía cómo. Buscaba el cadáver de Harvey Deep entre los cuerpos desmembrados que cubrían el

cuarto jinete_armaguedon.indd 8 25/03/13 12:14

complejo, caminando entre muertos, planta a planta del edificio, registrando cada zombi con minuciosidad pero sin perder un sólo minuto. Porque apenas quedaban veinticinco para que llegasen Dysinger y Trask.

Mi plan era simple. Los viales del virus Cuarto Jinete sin duda estarían detrás de alguna vitrina, protegidos por claves de acceso. Si quería hacerme con ellos tendría que esperar a Dysinger y sacarle las claves a golpes. Pero había una forma más sencilla de hacer las cosas. Harvey Deep había robado el virus antes de morir. Tal vez tuviera en su poder, en uno de sus bolsillos, un vial todavía intacto. A menudo, en los años que llevo «limpiando» escenas como esta, he acabado desarrollando una teoría: no busques soluciones complejas si tienes una simple a mano. Muchas más veces de lo que la gente piensa, de una forma sutil y breve, se puede poner fin a la más imposible de las misiones.

Sólo se necesita inventiva y un poco de suerte. Y yo suelo ir sobrado de ambas.

Pero esta vez las cosas no van a ser tan fáciles. Encuentro a Harvey, sí. Hasta ahí todo bien. Reconozco su rostro por las fotos que incluía el informe de la CIA y porque los zombis han devorado su brazo izquierdo y sus intestinos, que han arrancado horadando su barriga; pero su cabeza está intacta, excepto por el tiro en medio de la frente que el grupo de exterminadores de zombis que comanda Trask (o la división del ejército de EEUU que ha llegado tras él) le han dejado de recuerdo.

Sin embargo, antes de rebuscar en su ropa el vial del virus, una cosa llama mi atención. Justo debajo del cuello se ve el reborde de la máscara de silicona que lleva puesta.

¿Harvey Deep lleva una máscara? La reconozco porque yo mismo me he disfrazado en muchas ocasiones durante mis operaciones de «limpieza», pero hay algo que no entiendo. ¿Harvey se puso una máscara para llevar a cabo el robo?, ¿o es que no fue Harvey el que...?

Dominado por un súbito impulso, le arranco de un tirón el implante de silicona y un rostro completamente distinto emerge debajo. Se trata de un hombre moreno, de pelo corto, que... No, no es una cara que me sea totalmente desconocida.

¿Dónde la he visto? Tardo un momento en recordar. Soy en experto en recordar facciones, cicatrices, rasgos clave de mis objeti-

cuarto jinete_armaguedon.indd 9 25/03/13 12:14

vos (deformación profesional de todo buen «limpiador») y acabo de verla en alguna parte, ¿pero dónde si allí sólo hay cadáveres de zombis?

—¡Ya está! —exclamo, chasqueando los dedos.

Vuelvo atrás un par de pasillos y entro en una especie de salón de juegos, el lugar donde pasaban sus descansos o ratos de ocio los empleados del local. En algunas empresas los usan para que los trabajadores desconecten de las tareas complejas que realizan y puedan recargar pilas. Allí hay una máquina de bebidas, algunos juegos de mesa, dos consolas, tres ordenadores y lo que ando buscando: libros, al menos un centenar de volúmenes.

Y es que un montón de libros están desparramados por el suelo, la estantería caída, algunos desencolados o rotos, otros ensangrentados, testigos mudos de la lucha a muerte que se ha vivido en el laboratorio sólo unas pocas horas atrás. Dos de ellos me llaman la atención; ya lo hicieron cuando minutos antes llegué a la estancia buscando a Harvey Deep. El primero tiene doblada la solapa trasera y esta muestra el rostro de un hombre joven, el autor de la novela. A su lado hay un segundo libro firmado por el mismo escritor. Y están ambos alejados del resto, como si alguien los hubiera dejado allí a propósito, para que yo me fijase en ellos al entrar, para que viese esa solapa doblada hacia afuera mostrando el rostro del autor. Tal vez querían que recordase esa cara cuando llegase el momento.

Parece que el hombre de la solapa me sonríe.

Y es que el rostro es precisamente el mismo que acabo de ver en el cadáver de Harvey Deep. Desorientado, intentando atar cabos, leo el nombre de la novela.

EL CUARTO JINETE, de Víctor Blázquez.

Remuevo la cabeza, cada vez más incrédulo. Ese Víctor Blázquez ha escrito un libro que se llama igual que el virus que estoy buscando. ¿Y luego ha entrado en el laboratorio donde lo estaban desarrollando para robarlo? ¿O es que...?

Por un momento, un centenar de ideas y posibilidades atraviesan mi cerebro. Fríamente, disecciono cada una, tratando de entender. Y casi lo consigo. Algo ominoso, un engaño terrible está a punto de ser descubierto, casi lo tengo pero...

No termino el razonamiento. Una mujer está caída junto a los libros. Una vez fue joven y bonita, pero ahora le falta la parte su-

cuarto jinete_armaguedon.indd 10 25/03/13 12:14

perior del cráneo, por el que todavía resbalan los humores, ocultando... o...cul...tan...do... ¡ocultando la parte superior del implante de silicona que oculta su verdadero rostro!

Mi mente ha tartamudeado mientras terminaban las sinapsis de atar cabos. ¿Puede una mente tartamudear? No lo sé, pero si no puede, lo que me ha pasado es lo más parecido que he experimentado en mi vida.

Pero ya no importa. Me inclino sobre la mujer y busco en su cuello la solapa de la máscara de silicona, oculta bajo una base de maquillaje. Aunque los dedos me tiemblan, consigo arrebatarle el disfraz y mi sorpresa es mayúscula cuando veo el mismo rostro de antes, el rostro de Víctor Blázquez.

Diez cadáveres y tres estancias más tarde, ya tengo claro que todos los cadáveres son Víctor Blázquez, que todos los muertos tienen su rostro y que yo seguramente he tenido una crisis de nervios y ahora voy camino de un psiquiátrico, con una camisa de fuerza bien apretada.

¿O no estoy loco? ¿Y sí...?

Estoy acostumbrado a reaccionar rápido, a reaccionar ante lo imposible y soy capaz de intentar un último giro de funambulista, de buscar una explicación a algo que no puede estar pasando.

Y por fin decido hojear los libros que ha escrito ese hombre que es todos los cadáveres y ninguno.

El primer libro, EL CUARTO JINETE, es la historia de la epidemia que ha asolado Castle Hill. Antes de que sucediese, aquel ser, escritor o demiurgo, lo anticipó todo... ¡No! LO SUPO TODO.

Es como si él hubiese descrito lo que estaba pasando o, peor aún, como si las cosas pasasen porque... PORQUE ÉL LAS ESCRIBÍA.

Hojeo el segundo libro que tiene por título EL CUARTO JINETE (Armagedón). Trata de lo que pasó luego, continúa con la historia de los supervivientes y va más allá, con nuevas intrigas, nuevos personajes. Es decir, narra sucesos que aún no han pasado.

—Narra sucesos que aún no han pasado. Narra el futuro. No, no puede ser... —susurro en una voz apenas audible.

—A menos que todos, vivos o muertos, seamos personajes de esos dos libros —anuncio entonces, al mundo, a mí mismo, a quien sea—. Tiene que ser eso.

cuarto jinete_armaguedon.indd 11 25/03/13 12:14

El axioma de Holmes: eliminado lo imposible, lo que queda, por increíble que parezca, debe ser la verdad.

Pero ni en el primer libro ni en la continuación, en EL CUARTO JINETE (Armagedón), aparezco en una sola línea, y cuando Dysinger y el coronel Trask van al laboratorio a buscar los viales del virus yo no estoy allí; tampoco mi cadáver. De mí no queda ni rastro.

¿Acaso no existo? ¿Acaso soy menos que un personaje de una novela? ¿No soy nada?

Por fin, navegando por las páginas del libro, encuentro mi historia, justo al principio de todo: el relato de un capullo de la CIA que era tan tonto que no sabía que ni siquiera tenía un nombre.

Soy un tipo sin nombre en un prólogo. Sólo para eso he venido a este mundo. Vaya mierda.

Y entonces manoteo en mi cuello buscando la última pieza de un jodido y macabro rompecabezas. No tardo en encontrar la solapa de mi propia máscara de silicona. Sí, claro, todos los personajes somos en verdad réplicas de nuestros amos, esos dioses cargados de sueños y de hojas en blanco. Tambaleándome, entro en el lavabo de la primera planta. Me miro desafiante en el espejo, me quito el embozo y descubro una cabeza calva y una perilla blanca; también unos ojos vivaces, risueños, que me mortifican.

Todos aquellos cadáveres de ahí afuera eran Víctor Blázquez porque habían nacido de su pluma: eran sus hijos, sus creaciones.

Yo soy hijo del idiota que escribe este prólogo para presentar una novela de la forma más retorcida y demencial imaginable.

—Deja de jugar conmigo, cabrón —le grito al autor del prólogo, sea quién sea ese capullo calvo con perilla.

Saco la pistola de la cartuchera bajo mi axila. La pongo en mi cabeza.

Ahora lo entiendo todo. He venido a «limpiar» la escena, a eliminar lo que sobra, lo que no debería estar, lo que no ha debido suceder.

Porque el que sobra, el error, el que debe ser «limpiado», soy yo, que ni siquiera soy un personaje de esta novela.

Yo no soy nada.

Y la culpa de todo la tiene Javier Cosnava (sí, ahora sé el nombre del asesino que me ha parido para reírse de mí, para mortificarme

cuarto jinete_armaguedon.indd 12 25/03/13 12:14

con la excusa de presentar la novela de un amigo. Su nombre me lo han dicho mis entrañas, que también son las suyas).

—Vete a tomar por culo, Cosnava, y demos paso al espectáculo de una puta vez... —aúllo, mordiéndome de pura rabia los labios hasta hacerlos sangrar.

Y aprieto el gatillo.

Por fin está todo «limpio». El Cuarto Jinete «Armagedón» puede comenzar.

cuarto jinete_armaguedon.indd 13 25/03/13 12:14

cuarto jinete_armaguedon.indd 14 25/03/13 12:14

ARMAGEDÓN

Palabra comúnmente asociada en varias culturas y religiones al fin del mundo mediante catástrofesen. En la Biblia, Armagedón (*Har Megiddo* en hebreo) no es un evento sino un lugar. Aquel en el que transcurrirá la batalla definitiva.

cuarto jinete_armaguedon.indd 16 25/03/13 12:14

PRÓLOGO

UN CUERPO SIN VIDA

1

Jorge Hernández tiene cincuenta y tres años y una perfecta vida idílica que se ajusta a la perfección a la idea que Estados Unidos le vendió al mundo después de la Segunda Guerra Mundial, la de Tierra de Oportunidades. Nacido en Oaxaca, México, cruzó la frontera hacia el norte con diecisiete años, buscando la promesa de una vida mejor.

Y en aquel entonces puede que pareciera únicamente un chico más con sueños de grandeza, pero Jorge Hernández lo tenía claro. Y a su ambición le sumó su capacidad para el esfuerzo, su constancia en el trabajo, su honestidad y amabilidad y la flor en el culo con la que nacen algunas personas en este mundo. Pero fuera como fuera, a Jorge Hernández le fue bien, y el chico que viajó hacia el norte desde la frontera a base de hacer autostop, se enamoró de San Francisco en cuanto la vio a través de la ventanilla de la camioneta del granjero que había aceptado recogerle a un lado de la carretera casi noventa kilómetros más atrás. Fue un flechazo instantáneo, o, como él mismo lo describía cuando hablaba de ello con nostalgia en su voz, escuchó al destino gritándole que había llegado a su pinche destino.

Apenas tardó una semana en colocarse como reponedor en un pequeño almacén. El resto, desde ahí hasta convertirse en empresario y dueño de una cadena de supermercados con establecimientos en toda California, es historia.

A las seis y media de la mañana, como todos los días, Jorge Hernández sale del bonito chalet unifamiliar donde reside a las afueras de Novato, y gira hacia Vineyard Road, comenzando a trotar. Toda su vida ha hecho ejercicio. Su mujer siempre le dice que no comprende cómo es capaz de madrugar para irse a correr durante casi una hora y después volver a casa, ducharse e irse a trabajar. Jorge siempre le responde que él no comprende

cómo puede ella quedarse holgazaneando en la cama hasta casi las doce del mediodía.

Novato es un pequeño pueblo situado al norte de San Francisco, a unos cuarenta y cinco kilómetros en coche. Con el paso de los años, la gran ciudad a la que Jorge amaba tanto como a su mujer empezó a alejarse de sus planes de vida. La urbe era maravillosa, pero no era así como quería criar a sus hijos. La vida le trataba bien, los supermercados no le permitían llamarse a sí mismo multimillonario, pero le permitían vivir con mucha comodidad, y había comenzado a buscar una casa con jardín en una buena zona. Algo donde establecerse y que pudiera considerar su hogar para el resto de sus días.

La encontró en Novato.

A la izquierda de Vineyard Road se extiende la Reserva Indian Tree, no demasiado conocida excepto para los locales, pero ciertamente un paraje hermoso por el que es común cruzarse con gente haciendo ejercicio. Jorge Hernández adoraba trotar por los caminos de tierra de la reserva mientras dejaba su mente volar. Le encantaba la sensación de correr y permitirse no pensar en nada concreto. Sentía como si le formatearan y llegaba a casa con las energías a tope, completamente preparado para lo que le deparara el día.

Mientras se interna entre los árboles, Jorge se coloca en los oídos los cascos del iPhone nuevo que le regaló su mujer dos semanas atrás, por su aniversario. Led Zeppelin le aisla del mundo exterior en cuanto pulsa el play, y eso está bien porque, ¿acaso hay algo mejor que Led Zeppelin? Jorge Hernández respondería que no sin dudar ni un segundo.

Y avanza por un camino de tierra ligeramente cuesta arriba, acelerando el ritmo de su carrera y mirando el reloj que lleva en la muñeca, siempre atento a las pulsaciones que marca, así como a la hora. Un gesto tan rutinario como inocente que acostumbra a realizar a menudo cuando corre. Pero hoy, el destino se la juega con una pequeña piedra en el camino que Jorge no alcanza a ver por estar mirando el reloj. Al pisarla, el pie derecho de Jorge se dobla hacia fuera, no tanto como para partírselo, o hacerse un esguince, pero sí lo suficiente para hacerle perder el equilibrio y caer de rodillas al suelo.

No llega a gritar, pero sí lanza una maldición en voz alta.

Se incorpora mirándose las rodillas. El pantalón de deporte se ha desgarrado en la pierna derecha y el golpe le ha producido un

cuarto jinete_armaguedon.indd 18 25/03/13 12:14

pequeño laceramiento. Nada llamativo o preocupante, apenas un rasguño del que ni siquiera se acordará dentro de unos minutos y en el que no volverá a pensar hasta que se desnude esa misma noche antes de ducharse y meterse en la cama.

Hay millones de gestos universales, pero uno de los más curiosos, seguramente, sea el que todo ser humano lleva a cabo de forma involuntaria después de caerse al suelo: mirar alrededor.

Jorge Hernández mira a su alrededor esa mañana, de pie en el camino de tierra que surca la reserva. Apenas un giro de cabeza, sin buscar nada en concreto. Si no se hubiera detenido, jamás lo habría visto, pero lo ve. Y su cuerpo se queda rígido al instante, mientras su boca se abre lentamente. Ni siquiera se da cuenta de que da un par de pasos atrás hasta que su culo choca contra un árbol. Es entonces cuando grita.

Nadie escucha su grito, pero decenas de pájaros emprenden el vuelo en ese momento.

2

Arthur Newton y Jerry McDouglas son los primeros en llegar a la escena del crimen. Mientras Jerry se ocupa de atender a Jorge Hernández, Arthur avanza hacia el cuerpo sin vida poniendo especial cuidado en donde pisa. Se detiene cuando aún se encuentra a seis o siete metros del cuerpo, al reconocer el pequeño rostro ovalado que le mira con el cuello torcido en una posición imposible.

Arthur tiene cerca de sesenta años y ha visto muchas cosas a lo largo de su vida, pero ese tipo de crímenes siguen poniéndole los pelos de punta y revolviéndole el estómago. Gira su cuerpo para mirar a Jerry. Su compañero está llevándose a Jorge Hernández hacia el coche patrulla, alejándole de la escena. La mano de Arthur tiembla cuando agarra la radio y se la acerca a la boca.

Al principio es incapaz de hablar cuando aprieta el botón. Lo consigue a la segunda.

—¿Meredith? Aquí Arthur, cambio.

Arthur vuelve a mirar el cuerpo sin vida tirado en el bosque, abandonado como un vulgar deshecho, y a cada detalle del que dan cuenta sus habituados ojos y que registra su mente, siente el agujero en su estómago haciéndose más grande. Son días así los

cuarto jinete_armaguedon.indd 19 25/03/13 12:14

que le hacen desear alejarse del mundo, los que le hacen perder la fe en el ser humano.

—Aquí estoy, jefe. Cambio.

La voz de Meredith a través de la radio siempre es sensual, aunque Arthur ni siquiera se da cuenta de eso hoy. Normalmente, los chicos, y él mismo, bromean con que Meredith podría ganarse la vida en un teléfono erótico poniendo cachondo al personal. Tiene ese tipo de voz.

—Meredith, avisa al forense. Y dile al resto que vengan cagando leches— Arthur suspira—. Hemos encontrado a Mary Ann Conway.

Meredith responde algo, pero Arthur ya no la escucha. Vuelve a colgarse la radio en el cinturón y se agacha hasta quedar en cuclillas, a seis metros del cuerpo de Mary Ann, y la mira a los ojos vidriosos y sin vida.

Arthur conoce a los Conway. Son vecinos de Novato y residen en Oliva Dr, en una casa con la fachada pintada de color crema. JT Conway es ingeniero civil y Cynthia Conway se dedica al diseño de interiores. Son un matrimonio respetable y agradable, el tipo de personas que siempre tienen una sonrisa en los labios y a los que se tiene un poco de envidia por lo guapos y exitosos que parecen. JT tuvo incluso sus quince minutos de fama cuando estudiaba en la universidad y los Lakers quisieron ficharle. Eso fue antes de romperse la rodilla en un accidente de coche que truncó todos sus sueños y aspiraciones deportivas.

Cynthia Conway llamó ayer a la central, preocupada porque Mary Ann no había vuelto a casa. Fue el propio Arthur quien se acercó a la casa de los Conway, quien les dijo que aún era pronto para preocuparse, independientemente de que Mary Ann fuera una chica responsable que nunca llegaba tarde a casa, porque a veces los adolescentes hacían ese tipo de cosas. Cynthia lloraba y JT la abrazaba con fuerza, consolándola, y Arthur hizo algunas preguntas, aunque de verdad creía que Mary Ann llegaría antes o después. Era una chica preciosa de dieciséis años, la edad en que los novios empiezan a parecer más importantes que los padres, y seguramente Mary Ann estaría besuqueándose con algún chico y ni siquiera se había dado cuenta de la hora que era. Cosas así ocurrían más a menudo de lo que los padres creen.

Pero a pesar de estar totalmente convencido de que nada malo ocurría con Mary Ann, Arthur hizo preguntas. Y las caras de

cuarto jinete_armaguedon.indd 20 25/03/13 12:14

asombro, y hasta de indignación, de JT y Cynthia cuando les preguntó si existía alguna razón por la que Mary Ann quisiera fugarse, no hicieron sino reforzar la impresión de Arthur.

Recordaba haberse ido de la casa de los Conway tranquilizándoles y asegurándoles que Mary Ann aparecería.

Recordaba haber mirado la fotografía de Mary Ann enmarcada en la pared del vestíbulo y haber pensado que esa chica rompería corazones cuando creciera.

Pero Mary Ann Conway no crecería, ni tampoco rompería corazones, porque había sido violada y asesinada y su cuerpo arrojado en Indian Tree, como un despojo. Desde donde se encuentra, Arthur puede ver las bragas blancas de la niña enganchadas en el tobillo derecho, la falda levantada hasta la cadera, la camiseta desgarrada y sucia, su pelo revuelto y lleno de hojarasca, heridas en los brazos y el cuello roto.

Ruega al cielo que Mary Ann haya muerto antes de sufrir las vejaciones a las que ha sido sometida, pero la experiencia le dice que normalmente las cosas ocurren a la inversa.

—Cielo santo— murmura.

Arthur se pone en pie e inspecciona la zona con la vista, tratando de encontrar algo, lo que sea, que ayude a detener al hijo de puta que ha hecho esto.

3

A las nueve y veinticinco, el forense levanta la cabeza y mira a Arthur. Alrededor, varios de los agentes de Novato hacen su trabajo señalando y fotografiando todo lo que pudiera ser una prueba. Jerry no está por allí. Después de interrogar a Jorge Hernández y pedirle que estuviera disponible el resto del día, se había acercado a la casa de los Conway a darles la mala noticia. Arthur se había ofrecido a hacerlo, pero Jerry se negó.

En el fondo, Arthur agradeció aquel gesto.

—Fue violada antes de ser asesinada— asegura el forense.

Arthur cierra los ojos, resignado.

—Las heridas en los brazos están producidas por algún tipo de objeto cortante. Tengo la impresión que se trata de un cuchillo de caza, algo de ese tipo, seguro. Imagino que la amenazaba con él

cuarto jinete_armaguedon.indd 21 25/03/13 12:14

para que no gritara. También tiene marcas en el cuello, probablemente enredó algo en él, una cuerda o un pañuelo y la asfixiaba al mismo tiempo. La causa de la muerte, sin embargo, es el cuello roto.

Arthur asiente, entendiendo.

—Como sea— dice el forense—, esto no es más que el examen preliminar. Podré decirte algo más cuando la examine a fondo.

—Te lo agradezco, Pete.

Arthur se incorpora al mismo tiempo que Pete, y mientras este da las indicaciones para proceder al levantamiento del cadáver, Arthur le hace un gesto a Jeremy Geller, uno de los agentes de policía que se encuentran en la zona. Jeremy se acerca cojeando con la pierna derecha.

—¿Qué te pasa?— pregunta Arthur.

—Bonnie ha aprendido a dar patadas en la espinilla— asegura Jeremy con una sonrisa que es orgullo y frustración a partes iguales—. Pero a veces falla. Ayer me arreó una en el gemelo y lo tengo hinchado.

—¿Con qué demonios te dio una patada, con una bota militar?

—Arthur, no subestimes el poder de una niña de dos años y medio.

Arthur sonríe.

—Jerry se ha ido a notificarle esto a los Conway. Quiero que me acompañes a dar una vuelta. Quiero hablar con las amigas de Mary Ann. Con un poco de suerte, alguien vio algo. Quiero a este hijo de puta entre rejas.

Jeremy asiente.

—Yo también, Arthur. Porque cada vez que veo algo así pienso que podría ser Bonnie dentro de unos años.

Arthur mira a Jeremy. No necesita decir nada porque comprende lo que quiere decir su colega. Mientras avanzan hacia Vineyard Road, donde han dejado los coches patrulla, Arthur da indicaciones al resto de sus hombres.

4

Son las nueve y cincuenta y tres minutos cuando Arthur y Jeremy atraviesan el patio de la escuela Lu Sutton, en el 1870 de Center Road. En ese momento no hay niños jugando en el patio porque

cuarto jinete_armaguedon.indd 22 25/03/13 12:14

las clases ya han comenzado, pero desde la puerta que lleva al vestíbulo de la escuela les observa un hombre de pelo blanco, vestido con un traje marrón oscuro. No avanza hacia ellos. Les observa desde la puerta y les espera. Cuando se encuentran a un par de metros, extiende la mano derecha.

—Tom Hill— dice—. ¿En qué puedo ayudarles, agentes?

Arthur estrecha la mano del hombre.

—Arthur Newton. Este es mi compañero, Jeremy Geller. Querríamos hablar con el director.

—El director Greene está de viaje. Soy el subdirector.

—Supongo que tendrá que bastar. ¿Hay algún sitio en el que podamos hablar?

Tom Hill se encoge de hombros y hace un gesto, invitándoles a pasar. Arthur sonríe, divertido por los educados modales del señor Hill. Por su acento, Arthur deduce que el hombre es inglés. Los dos agentes le siguen por un pasillo de la escuela hasta su despacho. Los tres hombres toman asiento. Arthur deja que su mirada pasee por la estancia, deteniéndose en un par de diplomas.

—¿Y bien?— Tom Hill cruza las manos con gesto estudiado.

—Señor Hill, anoche se denunció la desaparición de una alumna de su col…

—Mary Ann Conway.

Arthur asiente. Tom Hill suspira y se inclina hacia delante, apoyando los codos en la mesa.

—Sus padres llamaron al colegio preguntando por ella. No pude darles ninguna información, porque no me consta que Mary Ann se quedara después de las clases en el colegio. Espero que esté bien. Es una cría estupenda.

—Ha sido asesinada, señor Hill.

La mandíbula de Tom Hill se separa por el asombro. Cambia la mirada entre Arthur y Jeremy, como si esperara que el segundo agente sonriera y le explicara que se trataba de una broma. Después, se pasa una mano por la frente y se deja caer sobre el respaldo de su silla, suspirando.

—Dios santo… ¿Cómo ha ocurrido?

—De momento esa información es confidencial, señor Hill. Nos gustaría hacerle unas preguntas, si está usted de acuerdo.

—Por supuesto.

cuarto jinete_armaguedon.indd 23 25/03/13 12:14

—¿Cómo era Mary Ann? Normalmente, los padres suelen dar una descripción de sus hijos que resulta incompleta. A veces, la escuela o las amistades terminan de definir a los chicos de forma más clara.

—Sí… eh…— Tom Hill resopla, tratando de encontrar las palabras. Parece sinceramente afectado por la noticia—. Mary Ann es… era… una niña estupenda, una alumna modélica. Siempre saca buenas notas, le va mejor en matemáticas y ciencias que en lengua e historia, pero por lo general, siempre saca buenas notas.

—¿Alguna vez ha mostrado algún comportamiento extraño?

Tom Hill entrecierra los ojos, extrañado.

—¿A qué se refiere?

—Cualquier cosa que pueda usted haber visto, o que le hayan notificado los profesores de Mary Ann, algo que pudiera indicarnos que tenía problemas, por ejemplo.

Tom Hill parpadea varias veces. La idea le parece tan ajena que no parece entender muy bien lo que le están pidiendo.

—¿Se refiere a problemas en su casa? No creo que tuviera ninguno, la verdad. Los señores Conway son…

—Conozco a JT y Cynthia Conway, señor Hill. Y me refiero a cualquier tipo de problemas. Tal vez un novio demasiado pegadizo, problemas con drogas, cualquier cosa que pueda ayudarnos a empezar la investigación sería positiva.

Tom asiente, entendiendo ahora. Durante unos segundos, intenta recordar algo que poder decir y Arthur y Jeremy esperan con paciencia, sin despegar la mirada del subdirector.

—No se me ocurre nada, la verdad— murmura, finalmente—. Lo siento. Mary Ann siempre ha tenido una conducta ejemplar, y por lo general, los alumnos que empiezan a tener problemas fuera del centro experimentan un cambio en su rendimiento académico o en su conducta. No creo que ese haya sido el caso de Mary Ann, aunque puedo presentarles a su tutora. La señorita Jackson conoce mejor el día a día de la chica.

—Se lo agradeceríamos mucho, señor Hill.

Tom asiente y empieza a incorporarse cuando Jeremy habla por primera vez.

—¿Ha habido algún movimiento entre el profesorado últimamente?

Tom frunce el ceño y centra la mirada en Jeremy.

cuarto jinete_armaguedon.indd 24 25/03/13 12:14

—¿A qué se refiere?

—Nuevas contrataciones, despidos, algún enfermo, profesores suplentes… ese tipo de cosas.

—Hace dos meses el profesor de gimnasia dejó el colegio porque se iba a mudar a San Francisco. Pero la verdad, dudo mucho que el señor Heart tenga algo que…

—Cuando acabemos de hablar con la tutora de Mary Ann, le agradeceríamos que nos diera los datos del señor Heart— le interrumpe Arthur.

Tom se encoge de hombros y sale del despacho. Arthur espera hasta que la puerta se cierra y escucha los pasos del subdirector alejándose por el pasillo antes de mirar a su compañero.

—¿Y esa pregunta?

Jeremy se encoge de hombros.

—El otro día, viendo *Crímenes Imperfectos*, contaron la historia de una adolescente asesinada por un profesor suplente que se encaprichó de ella al conocerla.

—Al menos abrimos una vía.

—Sí, pero recuerdo al señor Heart y, la verdad, dudo que tenga nada que ver.

Arthur se encoge de hombros.

5

Abigail Jackson es una mujer muy delgada, tanto que al verla es imposible no pensar en palabras como anorexia o bulimia. Con veinticinco años de experiencia como profesora, Abigail está más que acostumbrada a trabajar con niños e identificar posibles problemas entre sus alumnos. Durante la siguiente media hora, Abigail habló absolutas maravillas sobre Mary Ann Conway, su excelente comportamiento en clase y su agradable y extrovertido carácter.

Jeremy mira su reloj. Son las diez y treinta y tres minutos.

—¿Podríamos hablar con las amigas más cercanas de Mary Ann?

Abigail busca con la mirada la confirmación del subdirector. Tom está de pie, en una esquina, y parece dudar.

—Cualquier cosa que hayan visto o sepan que nos ayude a reconstruir los últimos movimientos de Mary Ann, podría acercarnos a la solución de este caso— asegura Arthur.

cuarto jinete_armaguedon.indd 25 25/03/13 12:14

Tom asiente, comprensivo. Aunque Arthur sabe que está nervioso por las posibles implicaciones y problemas que puedan derivarse de esa decisión. Seguramente, Tom se está preguntando si no debería haber un abogado presente.

—Llamaré a Helena Cruise y Tara Schwizer. Son las mejores amigas de Mary Ann.

Arthur asiente. Abigail sale del despacho. Arthur se masajea las sienes mientras esperan.

—Esto es horrible— asegura Tom Hill—. Que estas cosas ocurran…

Arthur resopla pero no responde. A fin de cuentas, el subdirector tiene toda la razón del mundo.

Y eso que no sabe ni la mitad de la historia.

6

—Nos despedimos de ella cuando acabaron las clases— asegura Helena. Es una chica menuda, de pelo negro y rizado y aparato en los dientes. Mira a Tara, buscando confirmación de sus palabras. Tara asiente con la cabeza.

—¿No sabéis si planeaba ir a casa directamente o a algún otro sitio?

Helena se encoge de hombros. Jeremy observa que Tara baja la vista y la clava en sus rodillas. Es una chica bajita, con la cara llena de pecas y el pelo corto al estilo chico.

—¿Tara?— pregunta Jeremy, interrumpiendo a Arthur—. ¿Sabes si Mary Ann iba a hacer algo después de clase?

—Se supone que no puedo hablar de ello— responde la niña, elevando la vista lentamente, avergonzada porque la hayan cazado.

—Necesitamos que nos lo cuentes, Tara— esta vez es Arthur.

La niña mira alternativamente a Arthur, a Jeremy y a Helena. Finalmente, vuelve la vista hacia Arthur.

—Mary Ann conoció a un chico hace un mes, más o menos, y están saliendo desde entonces.

—¿Qué?— Helena se muestra sorprendida—. ¿Por qué no me lo contó?

Arthur le hace un gesto a Helena pidiéndole silencio. La mirada de todos los presentes en la sala está centrada en Tara.

cuarto jinete_armaguedon.indd 26 25/03/13 12:14

—El chico es algo mayor y Mary Ann tenía miedo de… si la gente se enteraba sus padres se enfadarían con ella.

Arthur percibe por el rabillo del ojo la mirada de Jeremy. Pero él prefiere no apartar la vista de Tara. Ahora mismo, sus miradas están enganchadas y prefiere que sigan así.

—¿Sabes su nombre, Tara?

La chica niega con la cabeza.

—No lo sé. Pero sé que trabaja en el Burguer Henry's. El que está en el centro comercial The Square.

—¿Le has visto alguna vez? ¿Podrías describirle?

Tara asiente a la primera pregunta y duda ante la segunda. Durante unos instantes, los que tarda en comenzar a hablar de nuevo, la tensión en el despacho del subdirector parece volverse casi sólida.

—Creo que es moreno, pero lleva las puntas teñidas de rubio. Y un pendiente en la oreja izquierda. Creo que es skater.

Arthur se levanta y estrecha la mano de Tara.

—Muchas gracias, Tara. Lo has hecho muy bien— después, Arthur se gira hacia Tom y Abigail y se despide con un gesto—. Vamos, Jeremy.

Los dos agentes salen del despacho caminando con urgencia.

7

Puck se ajusta a la descripción que Tara Schwizer le ha dado a Arthur y a Jeremy. De hecho, la chica ha acertado de pleno al decir que Puck es skater. A las once y diez minutos, Puck está metiendo patatas congeladas en la freidora para completar el pedido de un cliente. Está silbando la melodía de una canción de Offspring mientras trabaja. Desde donde se encuentra, puede ver con claridad la puerta de entrada del burguer. Apenas hay un par de personas, ¿quién coño va a una hamburguesería a las once de la mañana?, por lo que no hay demasiado trabajo por hacer y el jefe de Puck ha salido a fumarse un cigarrillo.

Puck mira las patatas, dorándose en el aceite hirviendo, sin dejar de silbar. Y al subir la cabeza, su atención se centra en los dos policías que se dirigen a la puerta. Le llaman la atención porque uno de ellos parece ir cojeando. Y entonces ve que el más joven, el de la cojera, le mira directamente y le comenta algo al más mayor.

cuarto jinete_armaguedon.indd 27 25/03/13 12:14

Puck se queda helado y siente el ritmo de sus latidos acelerarse.

Los dos agentes le miran fijamente cuando abren la puerta para pasar, así que Puck hace lo primero que se le ocurre: echar a correr.

Arthur y Jeremy lanzan una maldición al ver a Puck darse la vuelta y lanzarse hacia la puerta de servicio, derribando en el camino una torre de cajas de pan de molde. Arthur le ordena a Jeremy que vaya por delante y echa a correr tras el joven. Cruza el mostrador ante la atónita mirada de los pocos clientes del burguer, y salta por encima de las cajas de pan. Su hombro choca contra una estantería y escucha a su espalda el ruido que producen un par de sartenes al caer al suelo.

Puck atraviesa la puerta de servicio a toda velocidad. La puerta golpea a su jefe, que cae al suelo golpeándose la cadera contra una barandilla. El cigarrillo que sostenía entre los dedos sale volando. Puck no se detiene, agarra la barandilla con las dos manos y salta por encima de ella. Cae sobre el césped del otro lado y rueda sobre su hombro antes de volver a ponerse en pie y seguir corriendo.

Un segundo después, Arthur cruza la puerta y choca contra la valla. Resoplando, salta por encima y cae sobre la hierba, de rodillas. Se incorpora y corre tras el joven mientras desengancha la radio de su cinturón y se la lleva a los labios pulsando el botón.

—¡Necesito refuerzos en persecución a pie!— grita—. ¡El sospechoso es un joven con pantalones vaqueros y camisa del Burguer Henry's! Corre por el bulevard en dirección a Simmons Lane.

Arthur no deja de correr, a pesar de que está empezando a jadear y que la distancia que le saca Puck es cada vez mayor. Alcanza a ver al joven girando a la izquierda por Simmons Lane antes de sentir un latigazo de dolor en el costado derecho y detenerse. Sofocado, Arthur se agacha y trata de recuperar la respiración. Coge de nuevo la radio.

—Aquí Arthur. Abandono la persecución. Cambio.

No ha terminado de decir la frase cuando un frenazo a su derecha le hace levantar la cabeza. Jeremy está al volante del coche patrulla y le hace un gesto para que suba. Arthur se incorpora, sujetándose el costado con la mano visiblemente agotado, y se sube al coche. Jeremy aprieta el acelerador y el coche se lanza hacia delante.

—Ha girado por Simmons— dice Arthur en un susurro.

—La edad no perdona, ¿eh, jefe?

cuarto jinete_armaguedon.indd 28 25/03/13 12:14

Arthur lanza una mirada asesina a Jeremy que este no ve, concentrado en la carretera. Da un volantazo para girar por Simmons. Ven a Puck corriendo hacia la entrada del parque Pioneer. Jeremy acelera y enciende las sirenas. Puck atraviesa la entrada del parque un par de segundos antes de que el coche patrulla se detenga de un frenazo junto a la verja. Jeremy salta del vehículo y se lanza en su persecución.

—¡Alto!— grita Jeremy.

Puck no se detiene, pero Jeremy le come terreno poco a poco. Puck gira hacia la derecha, esquivando un par de árboles. El agente salta sobre él y le derriba. Los dos caen al suelo y ruedan por el césped. Jeremy se coloca sobre el joven y le apresa los dos brazos, obligándole a ponerlos a la espalda. Se desengancha las esposas del cinturón y se las coloca en las muñecas mientras comienza a dictarle sus derechos.

Arthur llega hasta ellos caminando despacio. Jeremy ayuda a Puck a ponerse en pie, le registra los pantalones y saca una cartera negra con una calavera en un lateral. La abre y lee el carnet de identidad.

—Puck Wellington— dice, mirando a Arthur.

Arthur se acerca hasta quedar a unos centímetros del chico. Este escupe hacia un lado, desafiante.

—Puck Wellington— repite Arthur, saboreando cada sílaba—, quedas detenido como sospechoso del asesinato de Mary Ann Conway.

En ese momento, el rostro de Puck palidece y se gira rápidamente hacia Arthur, con la boca completamente abierta por la sorpresa.

—¿Qué?

Arthur mira a Jeremy. El joven agente resopla con resignación. Para ambos está claro que, o el chico es un perfecto mentiroso o acaba de enterarse de la muerte de Mary Ann.

—Oigan, no sé de qué están hablando, yo no he matado a nadie…

—¿Se puede saber por qué has salido corriendo?— pregunta Arthur, visiblemente disgustado.

—¡Joder, porque tengo un par de plantas de marihuana en mi terraza, y mis amigos siempre dicen que el olor hará que un día los vecinos lo denuncien y se me caerá el pelo, y creí que veníais por eso! ¡Tienen que creerme, yo no he matado a nadie, y menos a Mary Ann! ¡Ni siquiera sabía que estaba muerta! ¡Admitiré lo de las plantas, pero tenéis que creerme, tíos!

cuarto jinete_armaguedon.indd 29 25/03/13 12:14

Arthur hace un gesto con la mano y Jeremy se acerca a la espalda del chico. Le suelta las esposas. Puck se agarra las muñecas doloridas y mira a los dos agentes, con el rostro surcado por la preocupación y el miedo.

—¿De qué conocías a Mary Ann?

—Me la presentaron hace un mes y medio, más o menos. Llevamos un mes saliendo.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste o hablaste con ella?

—Que la vi, antes de ayer. Que hable con ella, ayer por la tarde. Me llamó cuando terminó sus clases y me dijo que se pasaría a verme al burguer. Queríamos dar un paseo, o algo…

—¿Y qué pasó?— Arthur mira al chico, esperando la respuesta que en realidad no quiere oír, la que les dejará de nuevo sin ninguna pista.

—No apareció.

—¿No apareció?— pregunta Jeremy, totalmente frustrado—. ¿Tu novia no aparece en el lugar de la cita y tú ni siquiera te preocupas?

Puck mira a Jeremy. Es evidente que el chico está asustado. Le tiemblan las manos.

—Yo… Tengo tres años más que Mary Ann. Ella es menor aún y sus padres no saben que estamos saliendo, ni siquiera saben que existo, porque Mary Ann decía que sus padres la matarían. Una vez tuve que salir corriendo porque vio el coche de su madre aparcado a cien metros de donde estábamos. Supuse que se había encontrado con ellos o algo así. Pero no que podría haberle… oh, Dios mío…

Puck pierde fuerza en las piernas. Jeremy evita que se caiga al agarrarle del brazo. Puck rompe a llorar.

—¿A qué hora hablaste con ella exactamente? ¿Lo recuerdas?

Puck mira a Arthur con los ojos llenos de lágrimas. A Arthur le resulta un poco violento ver llorar a un chico como ese, con su pelo teñido y su aspecto de tipo duro. Puck saca el móvil del bolsillo y aprieta un par de botones. Busca en llamadas recibidas.

—Las cinco y cuarenta y tres de la tarde— dice. Y después le enseña la pantalla a los dos agentes. El nombre que aparece junto a la hora es MaryAnnLove, así, todo junto.

—¿Te dijo dónde estaba?

—Hizo un comentario sobre el uniforme de las chicas de Miss Sandie— asegura Puck, recordando—. Así que debía estar ya en la avenida Wilson.

cuarto jinete_armaguedon.indd 30 25/03/13 12:14

Miss Sandie es una escuela situada en la esquina entre Center Road y la avenida Wilson, a cuatro minutos andando del Burguer Henry's. Arthur mira a Jeremy, consternado. Quien fuera el que se llevó a Mary Ann, lo hizo en medio de la avenida Wilson, a plena luz del día.

Arthur coloca un acusador dedo índice sobre el pecho de Puck.

—Lárgate, chico. Pero más te vale deshacerte de esas plantas de marihuana, porque el día menos pensado me pasaré a hacerte una visita y si siguen en tu terraza te juro por Dios que te meteré entre rejas. ¿Queda claro?

Puck asiente. Arthur le ve tragar saliva. Le extraña que el chico no se mee encima de miedo. Arthur mira su reloj. Son las doce menos cuarto.

8

A las doce y cinco minutos, Jeremy detiene el coche patrulla en el cruce entre la avenida Wilson y Sierra Vista, a medio camino entre Miss Sandie y el centro comercial The Square. Ambos agentes descienden del coche y observan la avenida, hacia un lado y hacia el otro.

—Jefe.

Arthur mira a Jeremy. Está señalando hacia arriba. Arthur mira en la dirección que le indica. Sobre el semáforo que regula el tráfico en el lugar donde se encuentran hay una pequeña bola blanca. La avenida Wilson se estrecha en esa zona y la gente no solía obedecer las normas de velocidad, lo que había llevado a levantar un badén que obligara a frenar a los vehículos, a poner un semáforo que regulara el paso y, como broche de oro, una cámara que grabara las posibles infracciones de tráfico. Solo que el ayuntamiento no había colocado una cámara cualquiera, sino una de nueva generación, que en realidad se encontraba en pruebas. Eso era la bola blanca y, a menos que supieras lo que era, nadie diría que se trataba de una cámara.

Arthur siente la descarga de adrenalina al instante. Toda la frustración y la desidia que le había invadido al saber que Puck era completamente inocente se convierte en esperanza en ese momento. Sabe que es muy posible que no encuentren nada, o que la cámara ni siquiera esté activa aún, pero también es posible que sí lo esté.

cuarto jinete_armaguedon.indd 31 25/03/13 12:14

—Averigua si esta cámara está en activo— ordena—. Ya.

Jeremy se lanza de cabeza al interior del coche, hacia la radio. Arthur le oye contactar con Meredith. Observa la pequeña bola blanca y se descubre a sí mismo rezando en silencio, pidiéndole a la bola blanca que esté activada y haya captado lo que fuera que le ocurriera a Mary Ann Conway.

Gira la cabeza para observar la avenida Wilson mientras espera. No hay demasiado tráfico.

9

A las tres menos veinte de la tarde, un funcionario de aspecto anodino y aburrido les muestra las imágenes correspondientes a la avenida Wilson del día anterior, a partir de las cinco y cuarenta. Después, el funcionario se echa atrás mientras los agentes Arthur, Jeremy y Jerry se inclinan sobre la pantalla, observando expectantes.

Jerry se ha unido a ellos después de haber sido portavoz de las malas noticias con el matrimonio Conway. Cuando Arthur le preguntó cómo había ido, el rostro de Jerry había sido suficiente para explicar lo desagradable que había resultado la situación.

—Ambos están destrozados— había dicho Jerry—. Cynthia ha roto a llorar y hemos tenido que darle un valium porque le ha entrado un ataque de angustia.

—¿Cómo se lo ha tomado JT?

—Nada bien. Dudo mucho que recupere su sonrisa pronto.

Nada que sorprendiera a Arthur. Por lo general, la gente que recibe una noticia así, muere por dentro de una forma casi imposible de revivir. Ahora, los tres agentes observan la pantalla donde la imagen en blanco y negro muestra los coches que pasan en una y otra dirección. Jeremy alza el brazo y señala una esquina.

—Allí. Esa es Mary Ann.

Arthur observa la hora que marca la cinta. 17:45. Mary Ann camina por el lado derecho de la avenida, con una mochila colgada del hombro izquierdo. Los tres agentes contienen la respiración. Si la chica atraviesa el plano y fue secuestrada más adelante, no podrán verlo. Impotentes, miran cómo Mary Ann avanza inexorablemente hacia el lugar donde un depravado la arrancará del mundo.

cuarto jinete_armaguedon.indd 32 25/03/13 12:14

Jerry suelta un gemido al ver una furgoneta detenerse en el arcén, a unos diez metros del lugar en el que se encuentra la chica. Jeremy se lleva la mano derecha a la boca. Arthur se da cuenta de que está apretando el puño con tanta fuerza que se está haciendo daño en la palma de la mano.

La puerta de la furgoneta se abre. Mary Ann está a tres metros.

No pueden oírlo, pero el hombre hace un gesto con la mano, llamando la atención de la chica. Mary Ann se detiene y mira al conductor de la furgoneta. Los tres agentes de policía la ven sonreír y asentir con la cabeza. Aún puede ser alguien preguntando una dirección que se aleje sin más, pero Arthur siente el latido de su corazón en el pecho diciéndole que no. Siente ganas de gritarle a esa niña que se encuentra en el video que no se acerque a la furgoneta, que se dé la vuelta y salga corriendo de allí.

Mary Ann se acerca a la furgoneta. Habla durante unos segundos con el conductor, que aún sigue en el coche. Entonces, Mary Ann gira medio cuerpo y señala hacia delante y después a la izquierda, claramente dando indicaciones sobre cómo llegar a algún sitio.

Y entonces ocurre.

Con un gesto veloz, el hombre rodea con el brazo el cuello de la chica y le inyecta algo en el brazo. Mary Ann se desvanece, pero el hombre no la deja caer al suelo. Con una mano abre la puerta trasera de la furgoneta y con la otra, empuja a la chica al interior. Apenas transcurren unos segundos antes de que vuelva a estar sentado tras el volante y acelere.

—Detenga la cinta— ordena Arthur al funcionario.

El hombre obedece. Jeremy copia el número de la matrícula en una libreta. Arthur mira fijamente a la pantalla.

—Ya te tenemos, hijo de puta.

10

La furgoneta resulta estar registrada a nombre de Logan Kane. A las cuatro y cuarto de la tarde, Arthur pasea de un lado a otro de la comisaría esperando la llamada que les permita atrapar al asesino de Mary Ann. Para entonces, ya conocen la identidad del conductor de la furgoneta e incluso disponen de una fotografía que Arthur ha mirado fijamente hasta aprenderse de memoria cada rasgo del señor Kane.

cuarto jinete_armaguedon.indd 33 25/03/13 12:14

Es un hombre de treinta años, delgado pero en forma, atractivo. De rostro ovalado, su sonrisa perfecta resalta en su cara, tiene los ojos marrones y el pelo peinado hacia la izquierda. Saben que trabaja como vendedor de seguros a domicilio, y Arthur entiende que esa sonrisa y esa expresión de absoluta seguridad, no son más que la fachada tras la que se esconde el monstruo, un tipo capaz de convencerte para que compres un helado en el Polo Norte.

Jerry ha buscado sus antecedentes, pero Logan Kane no parece tener ninguno. Un hombre completamente limpio a ojos de la ley. Apenas una multa por aparcamiento sin pagar, todas las cuentas y facturas en orden.

Jeremy descubrió hace tres cuartos de hora que el día anterior, Logan Kane estuvo en un pequeño motel situado en la 101, pero salió de la habitación esa misma mañana. Después, el agente se había puesto en contacto con la empresa para la que trabajaba Logan. Habían prometido volver a llamar en cuanto supieran algo.

El teléfono suena. Arthur se da la vuelta y lo mira, expectante. Meredith responde y escucha un momento antes de mirar a Arthur y tenderle el teléfono. Arthur se acerca y lo coge.

—Arthur Newton.

—Señor Newton. Le llamo de Seguros Thompson respecto a la petición de información que nos han solicitado.

—¿Sabe dónde se encuentra Logan Kane?

—Según nuestra hoja de ruta, el señor Kane debería encontrarse en el motel Rafael Inn, en San Rafael. ¿Puedo preguntarle si el señor Kane está en problemas?

—Se trata de un asunto confidencial, señor, no puedo responderle. Le agradezco la información y le pido que, de momento, no se ponga en contacto con el señor Kane para advertirle bajo riesgo de ser acusado de un delito de obstrucción a la justicia.

—Descuide, no lo haré.

—Gracias.

Arthur cuelga el teléfono y se gira para mirar a Jeremy y Jerry. Ambos le observan como cachorros esperando que les sirvan la comida en el plato.

—Vamos— dice—. Meredith, avisa a San Rafael y diles que se pongan en contacto conmigo y se preparen para enviar refuerzos al Rafael Inn.

cuarto jinete_armaguedon.indd 34 25/03/13 12:14

11

Logan Kane está tumbado en la cama de la habitación 51 del Rafael Inn, mirando la televisión con gesto aburrido. Están emitiendo una película del Oeste, pero la verdad es que Logan no está prestando mucha atención. Porque Logan está pensando en Mary Ann Conway.

El golpe que abre la puerta de la habitación le sobresalta y le hace caer de la cama. Siete agentes de policía entran gritándole y ordenándole que se quede tumbado, apuntándole con sus armas reglamentarias y Logan se queda en el suelo, estirando las manos para que vean que están vacías.

Le esposan y le obligan a levantarse tan rápido que incluso se marea un poco. Arthur Newton se le acerca, igual que se acercó unas horas atrás a Puck Wellington, y le advierte de que está detenido por el asesinato de Mary Ann Conway. Y los ojos de Logan se abren como platos, mirando al anciano jefe de policía.

—No sé de que habla. No conozco a ninguna Mary Ann Conway.

Arthur siente ganas de golpear al hombre en la mandíbula, de destrozarle la cara a puñetazos, porque su intuición le dice que la mirada de perplejidad de Logan Kane es pura fachada, una actuación digna de Oscar. Y eso le revuelve aún más las tripas. Arthur acerca su rostro al de Logan.

—Te tenemos grabado en video.

Logan y Arthur se miran a los ojos. Entonces, la expresión de Logan cambia, y a su rostro asoma una sonrisa de suficiencia, de altivez.

—Me gustaría ver cómo demuestras que fui yo.

Logan sonríe, mostrando todos los dientes de esa sonrisa perfecta y luminosa y Arthur levanta el puño para golpearle, movido por la ira que siente en su interior, pero Jeremy le agarra de la muñeca antes de que lo haga.

—Déjelo, jefe. Es exactamente lo que él quiere.

Arthur resopla, y el sonido es similar al que haría un caballo. Logan sigue sonriendo, con chulería. Arthur se acerca a él hasta que sus rostros están a milímetros el uno del otro.

—Escúchame bien, hijo de puta— dice, con los dientes apretados con furia—. Porque voy a encargarme personalmente de que

cuarto jinete_armaguedon.indd 35 25/03/13 12:14

te condenen a la silla eléctrica por lo que le has hecho a esa niña. Y haré todo lo que esté en mi mano para asegurarme de que sea así. Antes se levantarán los muertos del suelo que dejar que vuelvas a hacerle esto a nadie, ¿me oyes?

Y sí, Logan Kane le oye. Y probablemente, si Arthur Newton fuera consciente de lo que ocurre en Castle Hill, tal vez habría cambiado su última frase.

cuarto jinete_armaguedon.indd 36 25/03/13 12:14

CAPÍTULO I

RADISSON HOTEL

1

Hola. Sabía que volveríamos a vernos.

Supongo que me recuerdas igual que yo te recuerdo a ti. Buscadores de historias, eso somos y así nos conocimos. Y si estás aquí es porque quieres ver, igual que yo, y puedo guiarte y mostrarte todo lo que ocurra de aquí en adelante, porque eso es lo que hago. Te tiendo la mano, te doy la opción, sígueme y te mostraré los recovecos más oscuros e íntimos de lo que está a punto de empezar.

La última vez que nos vimos estábamos en Castle Hill y fuimos testigos de primera mano de la hecatombe que se produjo en ese pequeño e idílico pueblo por culpa de un militar con ansia de fortuna. Aquel hombre, no sé si lo recuerdas pero se llamaba Harvey Deep, fue el culpable de la liberación del virus conocido como el Cuarto Jinete.

Concebido como un arma, el mortífero virus tiene la capacidad de provocar que los muertos se levanten convertidos en zombies ansiosos de carne humana. Los has visto actuar, sabes lo incansablemente insaciables y voraces que son. Probablemente, el doctor Kurt Dysinger, uno de los responsables de la creación del Cuarto Jinete, te diría que se trata de la creación más atroz y terrorífica del ser humano. Y, bueno, creo que ni tú ni yo podríamos negar la evidencia.

Apenas un mordisco o un rasguño de uno de esos seres se convierte en una sentencia de muerte. Si te infectan, perderás poco a poco las fuerzas, sentirás fiebre y náuseas y te apagarás como se apaga una radio al quedarse sin pilas. Acabarás cerrando los ojos mientras tu corazón deja de latir y tus pulmones de bombear aire, pero un momento después, abrirás de nuevo los ojos y gruñirás, incapaz de volver a comportarte como un ser humano porque serás más animal que humano, y tu única obsesión será consumir la carne de los que aún queden vivos. De hecho, ni siquiera serás tú para entonces porque estarás muerto.

cuarto jinete_armaguedon.indd 37 25/03/13 12:14

Tú no tienes por qué preocuparte, por supuesto. Mientras estés conmigo no puede pasarte nada, y oye, te recomiendo que no te alejes demasiado. Seremos meros espectadores y ni siquiera notarán que estamos ahí. Es como tener un asiento en primera fila para contemplar la obra más horrible que puedas concebir. Estás en el lugar donde la sangre te salpicará, la fantasía de un buen voyeur.

A los zombies les mueve únicamente su hambre, su ansia desmedida. Uno o dos pueden resultar fáciles de esquivar, o incluso de matar, aunque debes apuntar a la cabeza, porque es lo único que les frenará del todo, pero cuando se encuentran en grupo, y por desgracia, su búsqueda de carne humana les lleva a agruparse, más te vale correr más rápido que ellos.

Ya lo sabes, todo comenzó en Castle Hill. En apenas un día el pueblo fue casi borrado del mapa por estos muertos vivientes. El ejército respondió a tiempo y rodeó el pueblo para impedir que la infección se propagara. El presidente de los Estados Unidos, a pesar de las presiones por parte de algunos de sus consejeros más cercanos que le instaban a borrar de forma expeditiva el pueblo de Castle Hill del mapa utilizando una bomba, aprobó una incursión en busca de supervivientes.

¿Recuerdas al coronel Trask? El hombre que parecía sacado de una de esas películas protagonizadas por Schwarzenegger en los últimos veinte años del siglo XX, con su corte de pelo marcial y sus músculos a punto de reventar el uniforme. Él y su grupo de operaciones especiales entraron en Castle Hill buscando supervivientes. Fueron la cabeza de la ola que barrió Castle Hill acribillando a los muertos vivientes y limpiando el desastre.

Y pudieron haberlo conseguido. Estuvieron, como quien dice, a punto de lograr detener el desastre, pero en las notas de Kurt Dysinger acerca del virus, su virulencia y las vías de contagio se mencionaba la sangre y las heridas producidas por uno de los infectados. Resulta curioso, ¿verdad? En las notas del doctor Dysinger no se menciona en ningún sitio la palabra zombie. Habla de muertos que reviven, explica las causas, la forma en que funciona el virus, de su mortalidad, de los terribles efectos y su potencial peligrosidad, pero nunca utiliza la palabra zombie. Creo que el imaginario popular descalifica cualquier informe médico.

cuarto jinete_armaguedon.indd 38 25/03/13 12:14

Aunque debemos darle un crédito a la gente del gobierno que actuó con absoluta celeridad y sin plantearse la posibilidad de que los efectos descritos por el doctor Dysinger en su informe fueran absurdos. De haberlo hecho, de haber existido la más mínima duda en algún punto del camino entre la primera información y la decisión de sitiar Castle Hill, seguramente la contención habría sido imposible.

Al principio, los supervivientes fueron llevados a uno de los campamentos que los militares instalaron a las afueras de Castle Hill durante la crisis. Allí se les examinó y se les obligó a pasar por un proceso de desinfección. Se quemaron sus ropas y todo lo que pudiera haber estado en contacto con la sangre de los infectados, se les dio de comer y se les proporcionó nueva vestimenta. En todo momento, se siguió el protocolo marcado por el equipo del doctor Dysinger en su informe.

Durante los momentos de alegría y euforia que siguieron al fin de la crisis, cuando ya se sabían supervivientes, nadie pensó en la posibilidad de que alguno de ellos estuviera infectado pero aún no mostrara los síntomas. Porque nadie se había planteado la posibilidad de que alguien pudiera estar infectado sin haber sido mordido o herido.

Mientras en Novato, a más de seiscientos kilómetros al norte, el jefe de policía Arthur Newton encerraba en una celda a Logan Kane y cerraba la puerta, el teniente Harrelson, a cargo del campamento militar donde los supervivientes habían sido agrupados, dio la orden para que el primer camión se pusiera en marcha. En él viajaban algunos de los supervivientes de la crisis de Castle Hill, y el resto no tardaría en seguirles. La idea era llevarles al Radisson Hotel, en Los Ángeles, y mantenerles allí por esa noche para dar tiempo al presidente a preparar una rueda de prensa que se daría al día siguiente, en cuanto amaneciera en Washington, y donde se explicaría lo ocurrido en Castle Hill.

A ninguno de los supervivientes le pareció mal. Te aseguro que todos ellos se sienten tan felices de haber sobrevivido como exhaustos por lo agotador y tenso que había resultado el día, y la idea de tumbarse en una cama a dormir antes de volver a vivir como personas normales y corrientes les parece maravillosa a todos ellos.

Y ven, entra conmigo al camión en marcha. Mira, ahí está sentada Zoe. Tal vez la recuerdes. Trabajaba como recepcionista en la comisaría y es una mujer de aspecto maternal y sonrisa sempiterna, amable

cuarto jinete_armaguedon.indd 39 25/03/13 12:14

y agradable. Se ha quedado dormida en cuanto se ha sentado y el camión se ha puesto en marcha. No podemos culparla por ello.

También se ha quedado dormida Paula, la niña de seis años de pelo castaño cuya cabeza descansa sobre las piernas de Mark Gondry. Puedes ver cómo Mark, a pesar de su aspecto cansado, de las ojeras y su clara extenuación, acaricia con suavidad paternal el pelo de la niña. Mark se encontraba en Castle Hill cuando estalló la epidemia por casualidad. Su trabajo como redactor de un pequeño periódico local le había llevado al pueblo para entrevistar al campeón de un torneo de dominó de carácter mundial. Nunca llegó a hacerlo. Encontró a Paula perdida en las calles del pueblo y se hizo cargo de ella cuando los muertos empezaron a atacar a todo el mundo. Entre ellos se creó un poderoso lazo de amor y dependencia.

Junto a Mark está sentada Verónica Buscemi, tan hermosa como ha sido siempre, incluso con el mono azul que les proporcionó el ejército. El inicio de la epidemia se cebó con los miembros de la policía, bomberos y sanitarios, que fueron diezmados en los primeros y violentos minutos. Verónica trabajaba como bombero en Castle Hill, aunque a nadie le habría extrañado que dijera ser modelo. A nosotros, desde luego, nos habría parecido perfectamente normal, porque basta un vistazo a su cuerpo para darse cuenta de que te encuentras frente a una mujer diez. Su melena rojiza recuerda al fuego, y su carácter es duro como el más duro de los hombres.

Verónica está despierta, pero cabizbaja y en silencio. Resulta curiosa la calma reinante en la parte trasera del camión, solamente rota por el sonido rugiente del motor.

Por si te lo preguntas, Verónica está pensando en su compañero Terence, por el que al final de la crisis se descubrió teniendo sentimientos. Es improbable que llegue a llorar, porque Verónica es una mujer fuerte, pero puedes estar seguro de que le duele pensar que pudo hacer algo para salvar a Terence y no lo hizo. Aunque no tenga razón. En muchas ocasiones, basta que la mente lo crea para que algo sea real.

Al otro lado de Verónica está sentado Richard Jewel, también conocido por ser el borracho oficial de Castle Hill, un hombre por el que nadie habría apostado como uno de los supervivientes del infierno que se desató por la mañana en el pueblo, pero al que una serie de decisiones inteligentes y una pizca de suerte le llevaron a sobrevivir sin demasiados problemas.

cuarto jinete_armaguedon.indd 40 25/03/13 12:14

Junto a él tenemos a Aidan Lambert, el excéntrico propietario de la fábrica papelera de Castle Hill. Aidan Lambert es una de esas personas sobre las que se podría escribir un libro entero, ya lo creo que sí. Uno se puede hacer muchas preguntas sobre Aidan Lambert, entre ellas, si lo más importante para él es el dinero o las mujeres. Si recuerdas, el señor Lambert es un reconocido putero. Pero también es un hombre que no se empequeñece ante los problemas y saca fuerzas de lo más hondo de su ser para enfrentarse a ellos y desde el principio se mostró dispuesto a hacer frente a la horda de muertos que les perseguían.

Pero de entre todos los que viajan en este primer camión con rumbo a Los Ángeles hay alguien que nos interesa por encima de todos ellos. El joven Jason Fletcher descansa, sin llegar a dormir, abrazado a su tía Eliza, a la que nunca ha tenido verdadero cariño pero, hoy por hoy, es lo único que le queda.

Jason Fletcher, el joven de pelo largo que normalmente viste con ropa oscura y chaquetas de cuero, que fue acusado de incendiar una granja y herir de gravedad al matrimonio que residía en ella, es en estos momentos la persona más importante del camión, porque Jason Fletcher cuidó de su novia hasta el final. Carrie resultó mordida y Jason la acompañó hasta el último momento. Carrie estaba infectada, y mientras se despedían para siempre, ambos se besaron, con toda la pasión de jóvenes amantes que se saben en una situación sin solución, que saben que el destino les separará para siempre y deben aprovechar la ocasión que les brinda para despedirse. Y aunque ninguno de ellos sabía que fuera posible, así como tampoco lo sabía el doctor Dysinger o los militares que se encargaron de inspeccionar a los supervivientes, aquel intercambio de saliva convirtió a Jason Fletcher en una bomba humana, en el nuevo paciente cero.

Mírale, con la cabeza apoyada en el hombro de Eliza, moviéndose incómodo, buscando una postura mejor, sin saber que será el causante de la mayor tragedia vivida por el mundo.

Con el desastre en su interior, el camión militar prosigue su camino hacia Los Ángeles a ciento cuarenta kilómetros por hora bajo el cielo oscuro y una noche libre de nubes en el que las estrellas empiezan a brillar ajenas a lo que ocurre en el planeta azul, o tal vez, demasiado conscientes de que era cuestión de tiempo que el hombre acabara destruyendo su propio mundo.

cuarto jinete_armaguedon.indd 41 25/03/13 12:14

2

El Radisson Hotel es un edificio de diez plantas y fachada gris situado junto a la Universidad Southern California y el Museo de Historia Natural de Los Ángeles, cerca del centro de la ciudad. La autopista 110 pasa relativamente cerca, tanto que en algunas habitaciones se puede escuchar el rumor del tráfico incluso con las ventanas cerradas.

El camión militar toma la salida de la autopista y cruza junto a un grupo de estudiantes que se ríen de algo que tan sólo ellos han escuchado. Después gira a la derecha y se acerca a la puerta del hotel. Al detenerse, Jason abre los ojos y mira alrededor, desorientado.

Por un momento, le parece que lo ha soñado todo, que Carrie sigue viva, que los muertos no se levantan y que él está en la parte trasera del coche patrulla que le lleva a prisión. Luego ve a su tía Eliza junto a él, abrazándole con gesto amoroso. Jason no recuerda que su tía Eliza haya hecho eso nunca en su vida. Y más allá, ve a Mark abrazando a Paula, que parece igual de desorientada que él mismo.

Ver a Mark le resulta igual de doloroso que un golpe en el estómago porque supone que todo lo que ha ocurrido ha sucedido de verdad. Jason baja la mirada hacia sus manos. Aunque se las ha lavado, a él le parece sentir aún la sangre de Carrie que saltó despedida hacia él cuando le partió el cráneo con una piedra.

Una lágrima amenaza con escapársele del ojo derecho, y Jason la fulmina con un manotazo furioso.

Dos soldados abren la lona que cubre la parte trasera del camión y les indican que pueden bajar. El primero en saltar a la calle es Aidan Lambert. Después, estira los brazos por encima de la cabeza y la mueve hacia un lado y otro. Mira a su alrededor. Algunas personas que caminan por la calle les miran. Es fácil adivinar que se preguntan qué hace allí ese camión militar y quiénes son las personas que bajan de la parte trasera vestidas con monos azules.

Aidan se da la vuelta y ayuda a Paula a bajar al suelo cogiéndola de la cintura.

—En recepción les darán las llaves de sus habitaciones— dice uno de los soldados—. Y si alguno sigue teniendo hambre, el restaurante estará abierto para ustedes.

Mark se agacha junto a Paula y le coloca el pelo por detrás de la oreja.

cuarto jinete_armaguedon.indd 42 25/03/13 12:14

—¿Tienes hambre, Paula?

Paula mira su reloj de Mickey Mouse.

—Ya tendría que estar en la cama— responde, haciendo un mohín con los labios.

—Podemos hacer una excepción— le asegura Mark, cogiéndola de la mano.

—Prefiero dormir. Estoy cansada.

Mark sonríe y le da un beso en la frente.

—Si quieres que te diga la verdad, yo también. Estoy exhausto.

—¿Sausto?

—Exhausto— le corrige Mark—. Significa muy, muy, muy cansado.

Mark se incorpora y echa a andar hacia el hotel con Paula de la mano. El resto de supervivientes que viajan en ese primer camión les siguen. Y puede que ellos, presa del agotamiento físico y mental no caigan en la cuenta, pero nosotros sí lo hacemos. Si miras más allá de la entrada del hotel verás cuatro militares, aparentemente relajados, pero cuya verdadera función es vigilar que a ninguno de los supervivientes le dé por desobedecer e intentar dejar el hotel. En realidad, no se esperan problemas, pero alguien decidió, de forma lógica, que más vale prevenir que curar.

Mark llega hasta el mostrador, donde otro soldado le sonríe de forma amable y se dirige al recepcionista para indicarle que ese es el grupo de gente que estaban esperando. El recepcionista les observa, claramente extrañado. En realidad, nadie le ha explicado nada sobre quién es la gente a la que debe alojar en el hotel. Le han ordenado que lo haga y él obedecerá. A fin de cuentas, ese es su trabajo y lo único que le importa es que pase el tiempo hasta las doce, cuando le relevarán y podrá irse a casa.

—Habitación 351— dice, colocando una llave sobre el mostrador.

Verónica coge la llave y se la entrega a Mark.

—Que tengáis buena noche— dice, sonriendo a Paula. Después, mira a Mark, que le devuelve la sonrisa con gesto cansado.

—353— dice el recepcionista, entregando otra llave.

Verónica la coge.

Detrás de ella, Richard Jewel se inclina hacia Aidan Lambert.

—Lambert, yo voy a tomarme una copa en el restaurante. ¿Te apetece ser mi compañero de batalla?

cuarto jinete_armaguedon.indd 43 25/03/13 12:14

Lambert observa la nueva llave que el recepcionista ha colocado sobre el mostrador. La coge y mira a Richard, que enarca una ceja. Aidan suspira y le entrega la llave a Zoe.

—Que duermas bien, Zoe.

—¿Y tú, chaval?— pregunta Richard, mirando a Jason—. ¿Te apetece una ronda de buen whisky escocés a cuenta del Tío Sam?

Jason tiene los ojos hundidos, con ojeras marcadas. Si pudiéramos tocarle la frente tal vez aún no notáramos nada, pero puedes apostar a que ya tiene unas décimas de fiebre.

—Tengo el estómago revuelto— responde.

—Nos vamos a dormir directamente— asegura Eliza, pasando el brazo por la cintura de Jason de forma protectora.

Richard se encoge de hombros y mira al soldado que está junto al mostrador. Antes de que abra la boca para preguntarle, el soldado levanta el brazo y señala una puerta a la derecha.

—El restaurante está allí.

—Gracias— responde Richard, llevándose la mano a la frente, en una especie de saludo militar que no sale como debiera.

Aidan resopla detrás de él. Podemos ver que incluso reprime una risa antes de empujar con suavidad la espalda de Richard y avanzar hacia la puerta del restaurante.

—¡Esta noche pienso cogerme una cogorza de puta madre!— grita Richard, alzando un puño—. ¡Me lo he ganado, joder!

Junto al mostrador, el soldado se muerde los labios para evitar reírse, mientras el recepcionista frunce el ceño, completamente desorientado.

3

Mark introduce la llave en la puerta de la habitación. Verónica cruza detrás de él, en dirección a la habitación 353. Mark gira la cabeza para mirarla, y Verónica le devuelve la mirada. Puedes estar seguro que en las miradas que cruzan esta noche los supervivientes de Castle Hill hay más información que en muchos libros de texto. Son las miradas que sólo pueden entender aquellos que han pasado por la misma experiencia traumática y saben que nadie más que ellos podrá comprender jamás.

Paula entra en la habitación. Mark la sigue y cierra la puerta a su espalda. Observa el interior, pintado de un color blanco grisáceo,

cuarto jinete_armaguedon.indd 44 25/03/13 12:14

completamente funcional. Hay dos camas, dos mesitas de noche, un escritorio, una silla, un televisor y un armario. Junto a la entrada hay otra puerta, que lleva al cuarto de baño. Al fondo, una ventana con cortinas azules que en ese momento están cerradas. No puede evitar recordar que estuvo a punto de morir en una habitación muy parecida a esa, y que fueron Verónica y Terence los que le salvaron. Parece que ha pasado una eternidad desde entonces.

—¿Tengo que dormir con esto?— pregunta Paula, contrariada.

Mark observa el mono azul que a Paula le queda grande. Se encoge de hombros.

—Eso parece, preciosa.

Paula se acerca a la cama y la toca con la punta de los dedos. Se gira para mirar a Mark.

—En casa tengo muchos pijamas. Me gusta dormir con pijama.

Mark asiente. Se deja caer sobre la cama, sentado.

—Tengo uno de Hello Kitty— dice la niña—. Ese es mi preferido. Es rosa y hay muchas Kittys pequeñitas por todo el pijama. Mi papá dice que es ñoño. No sé qué significa ñoño, pero a mí me gusta mucho. Me lo compró mi mamá.

Oyendo hablar a la niña, Mark siente como si una garra invisible le apretara el estómago. Se da cuenta de que las lágrimas empiezan a asomar a los ojos de la niña. Extiende las manos hacia ella y la abraza.

—Echo de menos a mamá y papá— dice.

—Ya lo sé.

Mark le da un beso en la frente y le limpia las lágrimas con el dedo índice. Paula intenta sonreír.

—Mañana mismo saldremos a comprarte todos los pijamas que quieras, ¿de acuerdo? Y después, nos tomaremos un helado gigante. Conozco una heladería fantástica. ¿Cuál es tu sabor de helado favorito?

A Paula se le iluminan un poco los ojos al escuchar eso.

—¡Chocolate!— responde, como si tuviera que ser obvio.

—¡Jamás has visto un helado de chocolate tan grande como el que nos vamos a comer mañana!— asegura Mark— .Ya lo verás.

Paula abraza a Mark con fuerza y él le devuelve el abrazo.

—¿Podemos juntar las camas?— pregunta ella, con la cara hundida en el pecho de él.

cuarto jinete_armaguedon.indd 45 25/03/13 12:14

—¡Por supuesto!— asegura Mark—. Si no lo hacemos, voy a pasar miedo por la noche.

Paula suelta una carcajada y se separa para mirarle. Mark asiente y le da un beso en la mejilla. Después se levanta, aparta la mesita de noche central y empuja una de las camas para juntarla a la otra.

—¡Mucho mejor así!— dice, y Paula se vuelve a reír—. ¡Y ahora, a dormir!

Paula se lanza sobre la cama y se mete entre las sábanas. Mark la arropa y le da otro beso en la mejilla. A la niña ya se le empiezan a cerrar los ojos. Mark se queda sentado junto a ella, observándola, hasta que la respiración de Paula se vuelve regular. Después se levanta y entra en el cuarto de baño.

Al mirarse en el espejo, Mark no se reconoce del todo. Jamás se ha visto con un aspecto tan agotado en toda su vida. Se acerca a la bañera, abre el grifo de agua caliente y empieza a desnudarse. El contacto del agua caliente sobre su piel le resulta relajante. Mark cierra los ojos e intenta olvidarse de todo y concentrarse únicamente en el agua que cae sobre él. Se pregunta si debería llamar a Karen. No es que tengan una relación muy importante, apenas un lío con una compañera de trabajo, pero durante todo el día, Mark supone que debido a Paula, Mark ha pensado en varias ocasiones en lo que uno espera de la vida. Sabe que quiere a Paula, ya la considera su hija, y se pregunta si a Karen le gustaría ser parte de esa familia. Se promete a sí mismo que la llamará al día siguiente sin saber que nunca cumplirá esa promesa.

Mark apoya un puño en la pared y empieza a llorar lágrimas de agotamiento que se mezclan con el agua de la ducha y se fugan por el desagüe. Llora durante un rato, dejando salir toda la tensión que ha vivido durante el resto del día, hasta que la piel empieza a arrugarse por efecto del agua.

Después, sale de la ducha, se seca y vuelve a ponerse el mono azul antes de meterse en la cama. Prácticamente se queda dormido en cuanto su cabeza toca la almohada.

Cuando despierte, el mundo volverá a estar patas arriba.

4

Jason se deja caer en la cama. Sólo lleva puestos los calzoncillos. Su rostro no refleja el dolor por la pérdida sufrida que realmente

cuarto jinete_armaguedon.indd 46 25/03/13 12:14

siente, pero es la viva imagen de la extenuación. Eliza se sienta en la cama junto a él.

—Tienes que ser fuerte, Jason— le dice.

Y él no contesta, pero puedo asegurarte que desea que su tía deje de hacer eso de intentar comportarse como si ambos formaran una unidad familiar unida y amorosa.

—¿Quieres que recemos por tu madre y por Carrie?

La sóla mención de Carrie le devuelve la imagen de ella al despertar de la muerte, de sus ojos vidriosos y sin vida y el alarido hambriento que lanzó extendiendo los brazos hacia él antes de que le rompiera el cráneo con una piedra. Jason cierra los ojos y se gira en la cama, dándole la espalda a Eliza. Aprieta los puños y la mandíbula para evitar que el llanto le desborde.

—Rezaré de tu parte también— susurra la mujer, antes de levantarse.

A Jason le gustaría responderle que no quiere que nadie rece por él a un dios que ha permitido que ocurra algo como lo de Castle Hill, a un dios que ha permitido que alguien como Carrie, tan pura e inocente, muera de una forma tan horrible. Ambos sabemos que Jason cree que él merecería morir, pero de ninguna manera puede entender que Carrie fuera la que lo hiciera.

Aunque todos sabemos quién tuvo la culpa de eso. Nosotros lo sabemos. Jason lo sabe. Todos vimos cómo Brad Blueman la hacía caer mientras él huía. Y Jason ni siquiera quiere pensar en Brad Blueman porque sabe que si lo hace es muy posible que algo en su cabeza haga clic y se levante para buscarle y estrangularle con sus propias manos. Bien sabemos que a Jason le gustaría hacerlo.

Y sí, Jason no quiere que nadie rece en su nombre a un dios que permitió que Brad Blueman saliera con vida de Castle Hill.

Cierra los ojos, intentando apartar de su mente el nombre del periodista. Intenta recordar a Carrie, su mirada ensimismada sobre él, su sonrisa, con ese hoyuelo que se le formaba en la comisura de los labios. Jason se queda dormido pensando en ella. Los últimos segundos del Jason consciente los pasa pensando en la única chica a la que ha amado en su vida y por la que habría hecho cualquier cosa. Después, se sume en un sueño del que ya no despertará como Jason Fletcher. Si Eliza le tocara la frente podría notar el antinatural calor que desprende, pero Eliza termina de

cuarto jinete_armaguedon.indd 47 25/03/13 12:14

rezar, agachada a los pies de la cama, y después se tumba a dormir, ajena a lo que ocurre a menos de un metro de ella dentro del cuerpo de su sobrino.

5

Regresemos al restaurante del hotel, donde Richard Jewel rellena su vaso por segunda vez ante la atónita mirada del camarero que les ha llevado la botella y que se ha retirado a la barra, y ante la no tan atónita mirada de Aidan Lambert. Conoce de sobra la reputación de su compañero de batalla.

—Brindemos— dice Jewel, alzando su vaso.

Aidan le imita y sus vasos se rozan antes de que cada uno se lo lleve a los labios. Aidan da un sorbo, cuidadoso de acuerdo a los modales que por lo general suele exhibir. Richard, sin embargo, inclina el vaso y vierte el contenido en su garganta. Podríamos decir que también lo hace de acuerdo a los modales que suele exhibir.

—¿Alguna vez habíamos hablado antes de hoy?— pregunta Richard, volviendo a dejar el vaso en la mesa y mirando a Aidan.

—Nunca.

—Estábamos en estratos sociales diferentes, ¿eh?

Richard se ríe de su propia broma. Aidan sonríe y se encoge de hombros.

—Soy un hombre ocupado— dice. Después, lo piensa un momento y se corrige—. Era.

—Y sin embargo, solíamos frecuentar sitios semejantes— comenta Richard, guiñándole un ojo.

Ambos hombres solían frecuentar el único bar de alterne de Castle Hill. Aidan asiente, recordando con cierta nostalgia a las dos prostitutas con las que se encontraba cuando los muertos empezaron a ponerse en pie. Aidan no suele ser un hombre sensible, y en realidad aquellas dos mujeres no le importaban realmente, pero se sorprende a sí mismo sintiendo algo semejante a la pena.

Da un trago al whisky para borrar el sentimiento.

—Te ves tan jodidamente raro con el mono azul— murmura Richard, que está llenando su vaso de nuevo—. Porque yo solía llevar uno en el taller y estoy como acostumbrado, pero en ti… se ve raro.

—Mataría por uno de mis trajes de Armani— asegura Aidan.

cuarto jinete_armaguedon.indd 48 25/03/13 12:14

Richard asiente con la cabeza, comprendiendo lo que quiere decir el otro. Y durante un minuto, ninguno de los dos dice nada, con la mente vagando en lo que cada uno de ellos ha perdido.

—¿Qué vamos a hacer ahora?— pregunta Richard, levantando la vista—. Castle Hill está muerto.

—Supongo que también podemos hacer que vuelva a la vida— dice Aidan—. Volver a hacer del pueblo lo que era. Porque a mí no me gustaría mudarme, la verdad.

—Llevará mucho trabajo.

—Sí. Pero se puede hacer.

Richard se encoge de hombros. En ese momento, la puerta del restaurante se abre, dejando paso a más de los supervivientes que acaban de llegar en el segundo camión. Ahí está Patrick Flanagan, el único agente de policía que sobrevivió en el pueblo ya que fue retenido por los militares que sitiaron Castle Hill. A decir verdad, Patrick realmente no llegó a vivir el estallido de muerte que ocurrió en el pueblo. Pasó todo ese tiempo en el campamento militar, detenido. Extiende la mano hacia Richard y Aidan.

—¿Y los demás?

—Se han ido a dormir— responde Aidan.

—¿Te animas a una copita?— pregunta Richard.

Patrick se ríe y niega con la cabeza.

—Espero no tener que llevarte al calabozo esta noche— dice entre risas.

Richard también se ríe, aunque no puede evitar estremecerse al recordar el tiempo que pasó encerrado en una celda en la comisaría, rodeado de muertos que metían los brazos entre los barrotes tratando de agarrarle y creyendo que moriría allí, solo, con la única compañía de los apestosos seres que intentaban comerle vivo.

—Yo sí que me apunto.

El chico joven que pasa junto a Patrick es Gabriel, un asistente médico que fue retenido en el campamento junto a Patrick y otro grupo de hombres. Y más allá, en el recibidor esperando que les entreguen las llaves de las habitaciones que utilizarán, podemos ver a más gente que nos resultará conocida. Ven, demos un repaso a sus caras y nombres, refresquemos nuestra memoria porque luego lo agradeceremos.

Ahí está Stan Marshall. ¿Le recuerdas? Era el dueño de un kiosko situado frente a la iglesia de Castle Hill, un hombre conocido por sus

cuarto jinete_armaguedon.indd 49 25/03/13 12:14

gruñidos y su legendario mal humor, que solía ser blanco de las bromas por parte de los críos que encontraban divertidos sus gruñidos. Junto a él se encuentra Ozzy, un hombre de pelo negro y rizado, latino de nacimiento pero afincado desde su infancia en Estados Unidos, lo que le convertía en tan americano como el que más, que sobrevivió haciéndose fuerte dentro del bar que regentaba cerca de los juzgados. Y Duck Motton, el conductor de ambulancia que compartió celda con Patrick y Gabriel. Y detrás de él, otros cuatro hombres cuyos nombres tampoco nos resultan demasiado importantes en este momento.

Pero hay alguien que atrae nuestra atención más que cualquiera de ellos. Cabizbajo, arrastrando los pies y deseando tener el poder de volverse invisible y desaparecer, se encuentra el periodista Brad Blueman. Entre las manos, sujetándola como si fuera un tesoro, lleva su cámara de fotos. Aún está convencido de que algunas de esas fotos podrían hacerle famoso y que podría escribir un libro con todo lo ocurrido en Castle Hill, tal vez un artículo que le acercaría al Pulitzer. Brad Blueman siempre ha tenido sueños de grandeza. Pero en su mente se libra una batalla. Por un lado, está el Brad Blueman que ansía la fama y el éxito, diciéndole que suba de inmediato a su habitación y llame a un editor, que asegure la venta y se olvide del resto de supervivientes. A fin de cuentas, dice este Brad Blueman, ninguno de ellos se ha preocupado jamás por él. Para ellos, Brad siempre ha sido ese tipo gordinflón metomentodo del que se burlaban cuando creían que Brad no podía oírlos. Pero por otro lado, está el Brad Blueman que sabe que dos personas murieron en Castle Hill porque él las hizo caer para poder sobrevivir mientras los muertos se cebaban con ellas. La novia y la madre de Jason Fletcher. Y puede que se diga a sí mismo que lo hizo para sobrevivir, que era su única manera de lograrlo puesto que no se encuentra en forma y su físico le impide correr a la misma velocidad que los demás. Da igual que les diga que cualquiera habría hecho lo mismo. No importa que alguno de ellos lo haya hecho, eso él no lo sabe, pero sabe que da igual porque él sí lo hizo y todos lo saben. Y la humillación caerá sobre él.

El teniente Harrelson, que durante todo el día ha estado a cargo del campamento principal, pasa por detrás de Brad Blueman y se acerca a la puerta del restaurante. Se detiene junto a Patrick y le da un apretón amistoso pero igualmente viril en el hombro.

—¿Están todos bien?— pregunta, amable.

cuarto jinete_armaguedon.indd 50 25/03/13 12:14

—Sí. Gracias por preguntar.

—De nada. Aprovechen la noche para descansar. Mañana será un día nuevo.

Patrick asiente y se dirige hacia el mostrador para recoger su llave. El teniente, sin embargo, se quita la gorra del uniforme y se acerca a la mesa donde Richard, Aidan y Gabriel ya están brindando, con sus vasos llenos. Harrelson deja la gorra sobre la mesa y les mira.

—Espero que no les importe tener compañía, señores.

—¡Por supuesto que no, maldita sea!— exclama Richard, riéndose y haciéndole un gesto al camarero para que les acerque otro vaso.

6

Duck y Patrick se despiden del resto y se quedan en el pasillo, junto al ascensor.

—¿Cómo les has visto?— pregunta Patrick.

—¿Quieres mi opinión personal o la médica?

—Ambas.

Duck se apoya en la pared. Ninguno de los dos hombres llegó a estar en peligro real en ningún momento. Ambos fueron capturados por los militares y retenidos en el campamento que se formó a la salida del túnel de acceso a Castle Hill, junto con Gabriel y otros hombres. Patrick y Duck siempre se han llevado bien.

—Personalmente, les veo bien. Satisfechos por estar vivos. Médicamente, creo que más de uno va a necesitar ayuda psicológica para superar los traumas que hayan sufrido en Castle. Jason es el más evidente.

—Ha perdido a su madre y tuvo que matar a su novia.

—A eso me refiero. Superar eso tiene que ser jodido. Pero no es el único.

Patrick asiente. Como agente de la ley que es, o era hasta esta mañana, a Patrick le duele no haber podido hacer nada. Todos sus compañeros han muerto a lo largo del día y lo único que ha podido hacer él es sentarse en el suelo de la celda que los militares construyeron para ellos, y esperar. Sabe que no es culpa suya nada de lo ocurrido, pero no puede evitar sentirse mal.

—En fin, que descanses, Duck.

cuarto jinete_armaguedon.indd 51 25/03/13 12:14

—Igualmente.

Patrick y Duck se despiden con un apretón de manos, y el primero se mete en la habitación que le han dado. Es la última vez que se ven con vida el uno al otro, pero no tienen forma de saberlo.

Duck se queda en el pasillo un momento más, pensativo. Después, busca en el bolsillo la llave de la habitación y se dirige a la puerta. En ese momento, otra puerta se abre más allá. Duck gira la cabeza, con la llave aún en la mano. Zoe se asoma al pasillo.

—Hola— dice Duck.

—No puedo dormir.

Duck y Zoe se conocen desde hace tiempo. No llegaron a ser novios, pero sí tuvieron algo semejante a una relación. Se acostaron un par de veces, se llamaban y hablaban durante horas… ese tipo de cosas, ya sabes. Aquello duró un par de semanas y después, de la misma forma que ocurrió, desapareció. Nunca han vuelto a hablar del tema, y cuando coinciden en algún sitio no se tensa el ambiente como suele pasar cuando dos exnovios se encuentran. Tampoco se puede decir que se traten como amigos, pero desde luego no hay mal rollo entre ambos.

—Cada vez que cierro los ojos me parece escucharlos. Tú no lo viste, Duck, pero fue horrible.

—Puedo imaginármelo.

—No creo. Lo peor de todo era… que a muchos de ellos les conocía cuando estaban vivos. Era la gente con la que convivía día tras día.

—¿Necesitas hablar de ello?— Duck se guarda la llave en el bolsillo y se acerca a la puerta de Zoe.

—No. Lo que necesito es un trago.

Duck suelta una carcajada. Se lleva la mano a la boca, para tapar el sonido, pero llega tarde.

—Hay más gente abajo, en el restaurante. Están Lambert y Gabriel. Y el tipo ese que trabaja en el taller y que siempre tiene la nariz roja de alcohol. Nunca me acuerdo de su nombre.

—Richard.

—Richard, eso es.

Zoe se encoge de hombros. Se la ve abatida, y Duck le hace una caricia en la mejilla con el dorso de la mano. Zoe sonríe.

—¿Te vienes? La verdad es que agradecería tener alguien con quien hablar.

cuarto jinete_armaguedon.indd 52 25/03/13 12:14

Duck le pasa el brazo por los hombros y se la lleva hacia el ascensor. Es Duck quien pulsa el botón de la planta baja. La puerta del ascensor se cierra con un clic sonoro que impide que ninguno de ellos oiga el ruido de algo al romperse contra el suelo dentro de una de las habitaciones. Y aunque lo hubieran oído, seguramente tampoco le habrían dado importancia. Te lo digo, ha sido una lámpara, una de esas que hay en todas las mesitas de noche del hotel, al caerse al suelo. La bombilla se ha hecho añicos, y ese ruido hace que Eliza abra los ojos, desorientada por el sueño. Es normal, porque la lámpara ha caído al suelo junto a ella, derribada por la mano de Jason.

Solo que ya no es Jason, porque el chico que se llamaba Jason Fletcher y amaba a Carrie Spencer, ha muerto hace un minuto.

Eliza se mueve en la cama, somnolienta y quedándose dormida de nuevo. Y entonces lo oye. Y nosotros también podemos oírlo. Suena como un perro amenazante, un gruñido que proviene de lo más hondo de una garganta. En condiciones normales, sería impensable asociar ese sonido a un ser humano, pero lo que hemos visto en Castle Hill, lo que esta gente ha vivido allí, se aleja de plano de lo que puedan considerarse condiciones normales.

Y Eliza se da cuenta de lo que ocurre, pero ya es tarde para ella. Abre la boca para gritar justo antes de que Jason se lance sobre ella y hunda sus dientes en la garganta de Eliza. Si las luces hubieran estado encendidas, habríamos visto la sangre salpicar toda la pared.

El exterminio ha comenzado.

7

Ven, acompáñame. Aprovechemos que nosotros podemos colarnos en las habitaciones a pesar de las puertas cerradas. Una de las dos paredes de la habitación donde Jason Fletcher acaba de matar a su tía Eliza, da a la habitación donde se hospeda el agente Patrick Flanagan. De haber escuchado el ruido producido por la lámpara al caer al suelo, así como los golpes, tal vez, y aquí debemos tirar de suposiciones, podemos imaginar que habría salido a investigar. Tal vez habría logrado frenar el desastre, o tal vez se habría convertido en una de las primeras víctimas. El caso es que nunca podremos saberlo, porque mientras Jason Fletcher devora la garganta

cuarto jinete_armaguedon.indd 53 25/03/13 12:14

de su tía, Patrick Flanagan se encuentra bajo el agua de la ducha, lo que le impide oír nada en absoluto.

La segunda de las dos paredes da a la habitación donde se encuentra Gary Stanton, pero aún faltan unos minutos para que eso resulte relevante para la historia. Ven, crucemos hacia la habitación 353.

Verónica está dormida, tapada hasta el cuello por la sábana del hotel, lo que es una verdadera pena, porque bajo esa sábana se encuentra completamente desnuda, como puedes comprobar si miras al suelo, donde toda su ropa ha sido abandonada allí donde ha caído. Su sueño es inquieto porque en él aparece Terence, el que fuera su compañero en el cuartel de bomberos, diciéndole que le han mordido y no hay nada que puedan hacer para salvarle. Pero eso es un sueño, y ella quiere ayudarle aunque no sabe cómo.

Dejemos a Verónica. El contraste entre su habitación, cuya única luz es la de las farolas que entra a través de las rendijas dejadas por la persiana, y el pasillo del hotel, completamente iluminado, tal vez nos haga entrecerrar los ojos. Pero no tenemos tiempo que perder. Cruzamos por delante de la puerta 351, donde duermen Paula y Mark, pero no entramos ahora.

Las dos siguientes puertas corresponden a las habitaciones donde duermen Stan Marshall y Ozzy. Ambos están profundamente dormidos. La siguiente puerta es más interesante. Tras ella, las luces están encendidas. Nos colamos en la habitación.

Mira, la televisión está encendida, aunque con el volumen tan bajo que nos cuesta oír lo que dicen los protagonistas del capítulo de CSI. No me preguntes qué ciudad es porque no tengo ni idea, Nueva York o Las Vegas. Miami no, desde luego, porque Miami tiende al naranja. Sentado en la cama, con la mirada fija en la tele, se encuentra Brad Blueman. Si te fijas bien, verás que en realidad no está mirando la pantalla, sino mucho más allá y a ningún sitio en realidad. Tiene ese tipo de mirada desenfocada de quien está sumido en sus pensamientos.

Aún lleva el mono azul que el ejército les ha dado a todos ellos.

Brad parpadea regresando a la realidad, y mira a su alrededor. Le lleva un par de segundos ubicarse. Estira la mano hacia el teléfono y lo coge. No marca, se queda mirando el aparato, librando una vez más la misma lucha interna que le atormenta desde hace un par de horas.

cuarto jinete_armaguedon.indd 54 25/03/13 12:14

Al final, es el Brad Blueman que siempre ha querido ser el que gana. El que dice *que os follen, nunca habéis hecho nada por mí*, el mismo que lloriquea *Fue sin querer, lo único que quería hacer era sobrevivir.*

Marca el número de teléfono de Angus McGee, un editor al que consideró amigo durante el tiempo que vivió en Los Ángeles, cuando sus sueños de grandeza ni siquiera concebían la idea de ser destinado a un pueblo de mierda como Castle Hill. Porque, no lo olvidemos, Brad Blueman detestaba aquel pueblo, y sabe que tendrá pesadillas y remordimientos el resto de su vida, pero en el fondo, hay una parte de él que sabe que hizo lo correcto.

Es mejor estar vivo que muerto, piensa. Y a eso se reduce todo.

—¿Sí?— la voz ronca de Angus resuena en el teléfono y sobresalta a Brad, que está a punto de gritar.

—¿Angus?— pregunta—. Soy Brad.

—¿Blueman?— Angus se muestra desconcertado—. ¿Qué tal estás, hombre? ¡Hace mil años que no hablábamos!

—¿Aún trabajas para Simon and Schuster?

—Sí, así es. Lo último que supe de ti es que te mandaban a un periódico local.

—Angus, tengo una historia que va a interesarte.

—Bueno, te escucho.

—Aún no ha saltado a la prensa, y es algo muy grande— asegura Brad—. Mañana por la mañana, el presidente hará un comunicado hablando de ello, pero estoy seguro que su versión será muy…— Brad se detiene, buscando la expresión adecuada— . Políticamente correcta. Pero yo he estado allí, lo he vivido desde dentro y he sido uno de los supervivientes, y lo voy a narrar todo en un libro. Tengo fotografías además, Angus. Te aseguro que va a ser el bombazo del siglo.

—Frena, Brad, frena… ¿De qué coño estás hablando?

—De lo que ha ocurrido hoy en Castle Hill.

Brad se cambia el teléfono de oreja. Está claramente excitado y gesticula con la mano que tiene libre cuando habla.

—¿Qué ha ocurrido hoy en Castle Hill, Brad? No he oído que haya pasado nada en ningún sitio, si quitamos la mierda de todos los días en Irak, Afganistán y una bomba que ha estallado en una embajada sueca en la India. Sabe Dios qué coño han hecho los suecos para que les pongan una bomba.

cuarto jinete_armaguedon.indd 55 25/03/13 12:14

—No puedo decírtelo, Angus.

—¿Qué? ¿Por qué no puedes decírmelo? ¿Quieres que te haga un contrato para un libro sin ni siquiera saber sobre qué trata?

Brad sonríe.

—Si te lo dijera, pensarías que estoy como una puta cabra.

—Empiezo a pensarlo ya, la verdad.

—Escucha, Angus, te llamo a ti porque quiero que tú me hagas una oferta y quiero que sea suculenta. Lo suficientemente suculenta para que yo ni me plantee la posibilidad de ir a otra editorial. Pero no quiero que me la hagas hoy, ahora, sin saber de qué va, simplemente quiero que sepas que yo he estado allí y que soy uno de los pocos supervivientes, ¿de acuerdo?

Brad puede notar el desconcierto de Angus a través del teléfono. Y le gusta.

—Mañana— prosigue Brad—, el presidente hablará de ello. No sé qué dirá exactamente, Angus, pero te aseguro que te llamará la atención. No todos los días te ofrecen publicar un libro donde se hable de desarrollo de armas en Estados Unidos con un resultado tan… en fin. Mañana espero tu llamada, Angus. En cuanto acabe la rueda de prensa de la Casa Blanca. Te daré media hora desde que termine antes de levantar el teléfono y ofrecerle el libro al mejor postor. ¿De acuerdo?

—Has picado mi curiosidad, Brad. ¿No puedes decirme de qué va todo esto?

Por supuesto que te ha picado la curiosidad, Angus.

—Preferiría no hacerlo.

—Está bien, Brad. Lo haremos como dices.

—Perfecto. Hasta mañana entonces, Angus.

—Hasta mañana, Brad.

Cuelga el teléfono, y en su rostro aparece dibujada una sonrisa de satisfacción. Poco puede imaginar ninguno de ellos que al día siguiente Angus McGee estará muerto, como tantos otros residentes de Los Ángeles.

Pero ven, dejemos a Brad Blueman disfrutar del poco tiempo que podrá pasar pensando en convertirse en un novelista de éxito, porque Jason Fletcher acaba de lanzarse enfurecido contra la puerta de su habitación. El golpe resuena en todo el pasillo, pero la puerta resiste. El muerto araña la madera, tratando de atrave-

cuarto jinete_armaguedon.indd 56 25/03/13 12:14

sarla, abriendo y cerrando la boca, mordiendo el aire con desesperación. Su mano derecha, que está empapada de la sangre de Eliza, tropieza con el manillar de la puerta, y he aquí una de esas cosas capaces de cambiar el curso de la historia. Si alguno de ellos hubiera cerrado la puerta con llave, ahora no podrían salir a menos que la derribasen. Pero en el hotel ya no había nada que temer, eran supervivientes de una catástrofe, habían sido escoltados hasta allí por el mismísimo ejército de los Estados Unidos, y, después de todo, ¿quién cierra las habitaciones de hotel desde dentro?

Así que ahora, cuando la mano de Jason golpea el manillar, la puerta se abre lo suficiente para que los dedos de Jason y Eliza agarren la puerta y tiren de ella, dejando el camino libre hacia el pasillo.

Antes te he hablado de Gary Stanton. Gary es hijo de agricultores. Su padre siempre tuvo una constitución digna de un toro de lidia, y Gary heredó su tamaño, lo que le facilitó la posibilidad de obtener una beca en la universidad como parte del equipo de futbol americano. Para Gary, aquellos años fueron maravillosos. Era casi una estrella en el campus debido a sus pases y sus mortales bloqueos. Los rivales solían temerle nada más entrar en el campo. Le auguraban un gran futuro en la liga nacional profesional, pero Gary estaba más interesado en terminar sus estudios de odontología. La gente creía que no tenía cerebro simplemente porque era grande y podía placar a cualquiera, pero Gary Stanton jamás suspendió una asignatura. Tampoco era brillante, no sacaba sobresaliente en todas las asignaturas, pero era lo suficientemente bueno para sentirse orgulloso.

Al acabar la universidad, Gary huyó de los ojeadores que querían hacerle firmar contratos millonarios, dispuesto a montar una clínica dentista en Castle Hill. Su padre, un hombre sensato, le preguntó si era eso lo que de verdad quería. Le dijo que si firmaba con uno de esos ojeadores seguramente no tendría que volver a preocuparse por el dinero en lo que le quedase de vida.

Gary estaba seguro, y su padre no volvió a sacar el tema.

Cuando los muertos se levantaron en Castle Hill, Gary se dirigía a Los Ángeles, a una convención de dentistas. Fue apresado por los militares y encerrado en la celda de contención junto a Patrick, Duck y Gabriel. En el campo, Gary podía convertirse en una máquina de matar, pero fuera del campo, era manso como un

cuarto jinete_armaguedon.indd 57 25/03/13 12:14

golden retriever. Gary se sentó en una esquina y esperó que todo terminara, con las manos entrecruzadas sobre las rodillas.

Otro detalle fundamental en la vida de Gary Stanton es la fragilidad de su sueño. Seguro que conoces gente que duerme como un tronco y a la que le es indiferente que la banda municipal se ponga a ensayar a su lado que ellos seguirán durmiendo plácidamente. Gary pertenece al bando contrario. Su novia solía decir que a Gary le despertaría una mariposa batiendo sus alas.

Esa noche, lo que le despertó fue el ruido provocado por la lámpara al caer al suelo. Y lo que le hizo incorporarse en la cama y dirigirse a la puerta fueron lo que él, acertadamente, interpretó como sonidos de pelea en la habitación contigua a la suya. Gary no piensa en muertos vivientes. En parte, porque realmente no estuvo dentro de la acción y no tuvo que huir de ellos en ningún momento, pero por otra parte, porque está en un hotel de Los Ángeles donde se supone que están a salvo.

Así que Gary Stanton sale al pasillo decidido a llamar a la habitación de al lado y pedirles que bajen el volumen del televisor en el mismo momento en que Jason y Eliza lo hacen desde su propia habitación. Gary Stanton se queda helado al verles. No tanto por Jason, que está en calzoncillos y cubierto de sangre, como por Eliza, que no puede mantener la cabeza completamente erguida debido a la impresionante herida que tiene en la garganta y que le hace inclinar la cabeza hacia delante, con la mandíbula pegada al pecho.

Ambos fijan los ojos en él, y Jason emite un gruñido. Tras él, a Eliza le chorrea baba por un lado de la boca y Gary puede ver cómo cae al suelo, junto a sus pies desnudos.

Gary se da la vuelta y corre. Quiere gritar, pero se ha quedado sin aire de la impresión. Jason y Eliza se lanzan a la carrera tras él. Gary se da cuenta tarde de que ha cometido un error al no meterse de nuevo en la habitación. Por delante tiene apenas treinta metros de pasillo que terminan en una puerta sobre la que descansa el letrero verde de salida. Corre hacia ella, prácticamente la embiste, y la puerta se abre hacia el lado contrario revelando unas escaleras que bajan y suben. Gary se agarra al pasamanos y empieza a descender.

Jason le atrapa a medio camino. Se lanza sobre él y hunde sus dientes en la nuca del hombretón. Gary trata de quitárselo de encima golpeándole contra la pared, pero Jason es implacable en ese momen-

cuarto jinete_armaguedon.indd 58 25/03/13 12:14

to, y esa decisión le da tiempo a Eliza a alcanzarles. Cuando la mujer choca contra los dos hombres, Gary pierde pie y cae hasta el descansillo con los dos muertos encima, abriéndole la carne, desgarrándole la piel y arrancándole trozos de músculo con manos y bocas.

8

Paula se despierta de golpe empapada en sudor porque ha tenido una pesadilla. Por un momento le parece escuchar el gruñido animal de uno de esos seres, pero recuerda que su madre siempre le dice que a veces las pesadillas extienden sus tentáculos hasta la realidad y cuesta despegarse de ellas.

Para entonces, Eliza y Jason ya han cruzado la puerta que lleva a las escaleras tras Gary Stanton y el pasillo vuelve a estar en silencio.

Paula se incorpora. Mark ha dejado encendida la lámpara de una mesilla de noche, por lo que la habitación no está completamente a oscuras. Paula lo agradece. Mira a su alrededor buscando monstruos. Su padre siempre le ha dicho que los monstruos no existen, pero Paula los ha visto con sus propios ojos hoy. Hay sombras amenazadoras, lo suficientemente tétricas para que una niña de seis años que ha vivido lo que Paula ha vivido, no crea seguro dormirse de nuevo.

Con la angustia apretándole la garganta, Paula aparta las sábanas de su cuerpo. Tiene sed, pero sabe que no se levantará al cuarto de baño para beber, porque tal vez, y sólo tal vez, las historias que escuchó en el campamento de verano al que le llevaron sus padres sobre monstruos que habitan debajo de la cama sean ciertas, y cuando ella baje los pies de la cama, una mano podría salir desde la oscuridad y apresarle el tobillo.

Paula no va a arriesgarse.

Con cuidado, Paula levanta las sábanas de la cama de Mark y se cuela, con ese sigilo que sólo los niños son capaces de conseguir. Se acurruca junto al cuerpo del hombre que ha permanecido con ella todo el día, sintiendo el calor que desprende, y cierra los ojos. Tal vez allí, con un adulto tan cerca, los monstruos no se atrevan a acercarse a ella.

cuarto jinete_armaguedon.indd 59 25/03/13 12:14

9

El recepcionista del Radisson Hotel se llama Albert, igual que el soldado que monta guardia en la recepción, mirando con anhelo la puerta cerrada del restaurante, tras la que se escuchan las risas y voces del grupo que ha decidido quedarse bebiendo. El recepcionista tiene una pequeña pantalla de televisión bajo el mostrador y está viendo una película de acción protagonizada por Denzel Washington. Ninguno de los dos Albert presta atención al sonido de pasos que bajan por las escaleras. El Albert militar ni siquiera está mirando hacia allí, y cuando gira la cabeza, la imagen que ve es la de un adolescente con el pelo largo y desordenado corriendo en calzoncillos y cubierto de sangre. Se sobresalta y se lleva la mano a la funda del arma, pero la cosa que antes fuera Jason Fletcher le derriba. Con sólo la primera dentellada se traga parte del labio superior y la mejilla del soldado.

El otro Albert, el recepcionista, abre los ojos como platos, preguntándose si realmente acaba de ver cómo un loco con melena atacaba al soldado que estaba junto al mostrador, y si los gruñidos que oye pueden provenir realmente de un ser humano. Y, en el nombre de Dios Santísimo, si eso que escucha puede ser de verdad el sonido de alguien al masticar.

Así que Albert, de forma poco prudente, coloca las manos sobre el mostrador y se levanta, para mirar por encima hacia el suelo. La boca se le abre por el asombro al ver al soldado en el suelo, rodeado de un charco creciente de sangre y con la mitad de la cara convertida en una máscara de sangre y músculos al aire, mientras el loco de la melena, a horcajadas sobre él, mastica trozos de su carne como si fuera un pollo en una barbacoa.

Albert, el recepcionista, abre la boca para gritar. Gary Stanton le muerde en la nuca y le agarra la cabeza para atraerle hacia él. Albert intenta soltarse y patalear, pero lo único que consigue es derribar la pequeña pantalla de televisión. No puede hacer nada contra la fuerza de una mole como Gary Stanton cuando este tira de él, arrancándole parte del cuello de un mordisco y sacándole por encima del mostrador. El cuerpo de Albert cae desmadejado en el centro del vestíbulo, salpicando sangre por toda la alfombra.

cuarto jinete_armaguedon.indd 60 25/03/13 12:14

10

El teniente Harrelson gira la cabeza al escuchar algo rompiéndose en el vestíbulo. Nadie más parece darse cuenta. Ciertamente no lo hace Richard Jewel, al que parece que le ha subido el alcohol lo suficiente para que dos de cada tres palabras que pronuncie no se le entiendan sin esfuerzo. Aidan y Gabriel se están riendo de un chiste verde que acaba de contar el primero. Zoe y Duck tampoco se han dado cuenta. Han llegado hace un momento al restaurante, y tras saludar cordialmente al resto, se han colocado en la barra, rechazando la invitación de los demás a unirse a su pequeña fiesta de alcohol. El camarero está sirviéndoles en ese momento. Gin Tonic para Zoe, Coca Cola para Duck.

Pero el caso es que el teniente Harrelson sí ha oído el sonido producido por la pequeña pantalla de televisión de Albert el recepcionista al caer al suelo y romperse. Deja el vaso en la mesa y se levanta. Richard dice algo en ese momento. Harrelson no está seguro de haberle entendido, pero a Aidan y a Gabriel les hace la suficiente gracia como para reírse a carcajadas, igual de ruidosos que unos adolescentes de fiesta.

Harrelson camina hacia la puerta de entrada. No podemos ver suspicacia en su rostro porque no la hay. En parte es por eso que el Cuarto Jinete logra expandirse esta noche, porque la gente que se encuentra en el Radisson Hotel se siente lo suficientemente segura como para no caer en la cuenta de lo que ocurre hasta que es demasiado tarde.

El teniente abre la puerta que da al vestíbulo y se le escapa el aire de los pulmones al ver la sangre que salpica las paredes y el mostrador. Apenas tiene tiempo de reaccionar antes de que Eliza se lance hacia él. Harrelson desenfunda, pero no es lo suficientemente rápido y Eliza choca contra su brazo y lanza un mordisco que se cierra a centímetros de la barbilla del teniente. Después, el hombre cae al suelo con la mujer encima. Se da cuenta de que ha perdido la pistola, pero está demasiado preocupado en evitar que le muerda como para pensar en ello.

A su espalda, oye a Zoe gritar. Y a un hombre, cuya voz no reconoce. Se trata del camarero. Richard Jewel se ha levantado con tanta fuerza que ha derribado la silla tras de sí. Es Aidan el que reacciona. Se levanta y corre hacia Harrelson, aún con el vaso en

cuarto jinete_armaguedon.indd 61 25/03/13 12:14

la mano. Eliza lanza la boca una y otra vez hacia el teniente, con gesto furioso y hambriento, pero este la mantiene alejada a duras penas empujándola con sus fuertes manos. Aidan grita al mismo tiempo que estrella el vaso de whisky en la cabeza de Eliza. Se hace añicos al instante, y el líquido y los cristales salen despedidos en todas direcciones, pero surte efecto, y Eliza cae hacia un lado, liberando a Harrelson.

Para entonces, Albert el recepcionista ya se está levantando, con sus ojos muertos, y la boca abierta en una mueca feroz, fijos en ellos. Jason también les mira, con un trozo de carne proveniente de la cara del soldado entre los dientes. Tiene la barbilla llena de sangre chorreante.

Richard Jewel estaba borracho hace un momento, pero ahora se encuentra lúcido como si no hubiera bebido ni una gota de alcohol. Agarra a Gabriel del brazo y tira de él en dirección a la puerta que lleva a la cocina del restaurante.

—¡Zoe!— grita.

Y a la que fuera recepcionista en la comisaría de policía de Castle Hill no le hace falta más para ponerse en movimiento. Da un par de pasos antes de detenerse y regresar junto al mostrador, donde Duck sigue de pie, boquiabierto y mirando fijamente hacia la puerta que da al vestíbulo. Zoe le agarra con las dos manos y le obliga a correr tras Richard y Gabriel.

Aidan les oye más que verles correr. Agarra una de las manos de Harrelson y le ayuda a levantarse. Albert se ha lanzado hacia ellos. El teniente lanza un puñetazo directo a la mandíbula del recepcionista y le derriba. Eliza está intentando ponerse en pie de nuevo. Harrelson le da una patada en la cara. A Aidan le parece oír el sonido de un hueso al romperse.

—¡Corra!— le grita Harrelson.

Aidan duda un momento, pero da un par de pasos hacia atrás cuando Harrelson le empuja. El teniente vuelve a golpear al recepcionista para impedir que se levante. Aidan le grita que tenga cuidado, y Harrelson levanta la cabeza a tiempo para ver la mole de casi cien kilos de Gary Stanton corriendo hacia él, gruñendo como un puma. El golpe deja sin aire al teniente, que sale volando y cae sobre una mesa un metro y medio más allá. Gary se lanza sobre él.

cuarto jinete_armaguedon.indd 62 25/03/13 12:14

Es el chillido del teniente Harrelson al ser mordido lo que pone en movimiento a Aidan. Se gira y corre hacia la puerta que lleva a la cocina. Jason Fletcher le habría alcanzado de no ser por el camarero, que cruza el mostrador en ese momento, chillando como una niña histérica en un concierto de su ídolo juvenil y convirtiéndose en la siguiente víctima de Jason Fletcher. Y van cuatro.

Aidan cruza la puerta a la carrera. Albert el recepcionista, Eliza y Albert el soldado al que le falta media cara corren tras él. Les saca ventaja, pero no demasiada. En el restaurante, el camarero muere casi al instante. Harrelson resiste algo más, intentando zafarse a puñetazos, pero Gary es fuerte, incluso muerto, y es cuestión de tiempo que el teniente muera. Sin ni siquiera tener tiempo de pensar en su mujer y sus dos hijas.

El rugido que lanza Jason Fletcher al levantar la cabeza, masticando carne del camarero mientras la sangre le resbala por la barbilla, podría helarle la sangre a cualquiera.

11

Aidan golpea un estante y derriba un montón de frascos de especias. Escucha a su espalda la puerta al abrirse de golpe y los rugidos hambrientos de los seres que quieren alcanzarle, pero Aidan tiene miedo de mirar atrás y ver que se encuentran demasiado cerca. Corre entre fogones y muebles, empujándose con las manos y con los pies, sintiendo que el miedo empieza a apoderarse de él. Ve una puerta al fondo y centra en ella su total atención, intentando no pensar en los muertos que corren tras él. No se da cuenta de que está gritando hasta que se queda sin aire y necesita respirar.

Empuja la puerta con el hombro. Por un instante, se le pasa por la cabeza la posibilidad de que esté cerrada y caiga hacia atrás, con las piernas abiertas y la expresión estúpida de quien acaba de cagarla con todas las letras. Pero la puerta se abre y Aidan vuela por encima de dos escalones que no alcanza a ver, sintiendo el aire fresco de la noche en Los Ángeles. Cae de pie en la calle, golpeando a una pareja que pasea de la mano, derribando a la chica y casi cayéndose él.

El miedo le mueve y le hace seguir corriendo, apoyando una mano en el suelo para impedir estrellarse, poniéndose en pie de nuevo y lanzándose a la carrera. No se da cuenta del taxi que fre-

cuarto jinete_armaguedon.indd 63 25/03/13 12:14

na de golpe para evitar atropellarle. El taxista aprieta el claxon con furia y asoma la cabeza por la ventanilla para lanzar un insulto que Aidan Lambert no escucha, como tampoco oye los gritos enfurecidos del novio mientras ayuda a su chica a levantarse.

Tras ellos, la puerta trasera del restaurante se abre de golpe. Eliza y los dos Albert se dan un festín con la pareja. El taxista lanza un grito de terror cuando ve al soldado muerto arrancando de un mordisco los intestinos del chico. Después, aprieta el acelerador a fondo para alejarse de allí. Otro coche, que sale de una calle a la derecha, no tiene tiempo de frenar y el taxi se estrella contra él.

Aidan Lambert se aleja de todo eso a la carrera. Pero aún no hemos acabado con el Radisson Hotel, así que será mejor que subamos, de regreso a la planta tres, donde el resto de supervivientes de Castle Hill aún duerme, ajenos a lo que ya ha empezado a ocurrir en pleno centro de Los Ángeles.

12

Verónica abre los ojos de golpe y se incorpora hasta quedar sentada, con el corazón latiéndole a toda velocidad. Su respiración está agitada y acelerada. Se queda completamente quieta, escuchando. Reconocería el sonido de un disparo en cualquier lado, y está segura de haber oído uno, pero ahora reina el silencio y se pregunta si no lo habrá soñado.

Está a punto de desistir cuando escucha un grito, mezcla de terror y dolor. Verónica gira la cabeza hacia la ventana. Los ruidos vienen del exterior, y ahora que se concentra en escuchar más allá del cristal, le parece oír voces que hablan con urgencia. ¿Y es eso pánico? Y puede que también gente corriendo.

El miedo le forma un agujero en el estómago, y lo siente subir, como un cosquilleo de una mano invisible, en dirección a su cuello. Se dice a sí misma que tiene que haber una explicación, que tal vez sólo sea un grupo de jóvenes armando escándalo, a fin de cuentas enfrente hay una universidad. O tal vez un accidente, y de ahí el grito.

Nada justifica los disparos.

Verónica intenta acallar la voz en su cabeza, enfadada y agarrotada por la sensación de pánico creciente. Pero aunque está intentando buscar una explicación racional, en el fondo de su mente

cuarto jinete_armaguedon.indd 64 25/03/13 12:14

sabe perfectamente lo que está ocurriendo. No con certeza, pero sí con la seguridad que nos da el miedo.

Se levanta. La sábana resbala por su cuerpo desnudo, su melena rojiza cae a ambos lados de su cabeza, y es tan hermosa que podría haber sido musa de artistas de toda la historia. Recuerda sin duda al Nacimiento de Venus.

Se asoma a la ventana sintiendo que la mano invisible ya rodea su cuello y empieza a apretar. Ahoga un grito al ver el caos que tiene lugar en la calle. Ve gente corriendo y tratando de huir de los muertos, que se abalanzan sobre los vivos haciendo saltar la sangre. Un grupo de universitarios parece pelear entre sí, pero si los observamos, podremos comprobar que no todos están vivos, y mientras algunos intentan luchar para sobrevivir, otros lo hacen intentando matar. Verónica ve también cuerpos en el suelo. Algunos se levantan, los más, pero también hay tres o cuatro que han quedado en un estado tan deplorable que no lograrían mantener el equilibrio. Sin embargo, si miras hacia allá, a la esquina de la derecha, verás una mujer con el pelo rubio ensangrentado a la que le falta la pierna derecha y la izquierda presenta marcas de mordeduras, arrastrándose y extendiendo las manos hacia los vivos que se alejan de ella, ansiosa y hambrienta pero incapaz de obtener una presa.

En medio de la calle hay un rifle militar. Está allí, junto a aquella alcantarilla. Verónica también lo ve, y es fácil suponer que de él surgieron los disparos que la despertaron. Si miras hacia allá, hacia la entrada del campus, verás a un soldado corriendo en dirección a un grupo de jóvenes con mochilas y carpetas que aún no se han dado cuenta de lo que sucede porque acaban de salir de clase. Si pudiéramos acercarnos veríamos que al soldado le faltan varios dedos de una mano, que su oreja derecha cuelga de un hilo, que tiene heridas profundas en el pecho y que todo su cuerpo está lleno de sangre.

Cuando alcanza a los chicos, dos de ellos son derribados. Una carpeta llena de folios sale volando y los folios son desperdigados por el viento, sembrando la calle de papeles y apuntes de arquitectura.

Verónica retrocede un par de pasos, lo suficiente para no poder seguir viendo lo que ocurre tres pisos más abajo. Lucha por contener las lágrimas de impotencia y rabia que le inundan los ojos y cierra los puños con fuerza. Después, la mujer de carácter que lleva dentro de sí toma el mando, la bombero, la misma capaz de

cuarto jinete_armaguedon.indd 65 25/03/13 12:14

tomar decisiones que afectan a las vidas de personas inocentes atrapadas por el fuego. Se da la vuelta y se viste con el mono azul en unos segundos. Se calza las botas a toda prisa, se incorpora y se lanza hacia la puerta. Se detiene cuando su mano ya toca el manillar.

La vemos darse la vuelta y observar la habitación con detenimiento. Regresa hasta la mesita de noche. De un tirón, desenchufa la lamparita. Del enchufe salta una chispa azul eléctrica. Verónica enrosca el resto del cable alrededor del soporte de la lámpara y lo agarra, blandiendo el aparentemente inofensivo objeto como un arma. Estarás conmigo en que no resulta muy amenazante, pero Verónica no busca intimidar. Si puede usarlo para golpear, al menos una vez, ya le es útil. Arranca la tulipa y la arroja hacia la esquina.

Puedes mirar alrededor. No hay nada más en esta habitación que pueda funcionar como arma.

Y ahora sí, Verónica regresa junto a la puerta. Agarra el manillar con la mano libre. Respira hondo y tira de la puerta, sujetando con fuerza la lámpara de noche. Delante de la puerta, el pasillo está vacío. Verónica se asoma con cuidado. A la derecha no hay nadie. A la izquierda ve a Patrick Flanagan y a Ozzy. El agente tiene un extintor en la mano. Se quedan mirándose el uno al otro.

—Tu extintor da más miedo que mi lámpara— susurra ella.

Patrick reprime la carcajada que alcanza su pecho. Ozzy les mira con la expresión que se les dedica a los locos.

—¿No créeis que deberíamos salir de aquí?— pregunta.

Verónica se acerca hasta ellos. Ignora la pregunta de Ozzy y cuando habla se dirige únicamente a Patrick.

—En la calle hay un infierno ahora mismo. Deberíamos despertar al resto. Pero procurad ser silenciosos. Si esos cabrones nos oyen, estamos jodidos.

—¿Cómo ha podido pasar esto?— pregunta Patrick.

Pero Verónica no tiene respuestas. Se encoge de hombros antes de darse la vuelta y llamar con los nudillos a la puerta 347. Patrick se gira hacia Ozzy. El latino tiene miedo, pero cuando Patrick asiente con la cabeza, se encoge de hombros y se dirige hacia el otro lado del pasillo, llamando a las puertas una por una.

cuarto jinete_armaguedon.indd 66 25/03/13 12:14

13

Tres golpes suaves en la puerta hacen que Mark entreabra los ojos. Inmediatamente, nota que Paula está acurrucada a su lado, pero lo que le causa temor es sentir que la niña está temblando y sollozando en silencio. Mark la mira, aún sin poder abrir del todo los ojos. Le pesan como si hubiera dormido durante un día entero.

—¿Paula? ¿Qué pasa?

La niña no responde, aunque le mira con ojos aterrorizados. Mark escucha otra vez los tres golpes en la puerta, y después pasos que se alejan. Empieza a levantarse, pero Paula le agarra de la muñeca. Mark vuelve la mirada hacia ella.

—¿Qué pasa, Paula?

—Es igual que en Castle Hill— responde, entre lágrimas.

—¿El qué es igual que en Castle…?— Mark se detiene a media frase y mira a la niña, desconcertado, pero a la vez con miedo—. Paula…

—Los he oído gruñir— asegura—. Y ha habido disparos en la calle.

Mark abre la boca para responder, pero en realidad no sabe qué puede decir a eso. Traga saliva. De repente, siente la boca seca. Se levanta para ir hacia la puerta, pero Paula extiende las manos hacia él, aterrorizada.

—¡No!— exclama.

—Paula… los muertos no llaman a la puerta.

Paula no responde, y Mark no está seguro de que le crea del todo. La niña tiene miedo, y mucho, pero no vuelve a protestar cuando Mark se gira de nuevo hacia la puerta, avanza hacia ella y la abre. Él no lo ve, pero nosotros podemos hacerlo. Cuando Mark tira del manillar para abrir la puerta, Paula se lleva las manos a la boca, esperando un desenlace fatal.

Al otro lado no hay nadie.

Mark sale de la habitación. Verónica está a metro y medio, mirándole y blandiendo una lámpara de noche en la mano izquierda. Mark se gira hacia el otro lado del pasillo. Ve al agente de policía, no recuerda su nombre, y a Ozzy y Stan Marshall, que acaba de salir de su habitación, gruñendo pero resignado porque ha visto lo que ocurre por la ventana.

cuarto jinete_armaguedon.indd 67 25/03/13 12:14

—¿Qué está pasando?— pregunta Mark. Y sí, sabe la respuesta, pero no sé si te has dado cuenta de que a veces, los humanos hacemos preguntas cuyas respuestas sabemos simplemente porque no queremos creer que la respuesta sea real.

—Tenemos que largarnos de aquí, Mark— le responde Verónica—. Será mejor que te calces.

—Joder— murmura él.

Verónica asiente. En ese momento, una puerta se abre a su espalda. Verónica se da la vuelta a toda velocidad, dispuesta a asestar un golpe con la lámpara, pero el hombre que asoma la cabeza por la puerta está vivo y se asusta al verla allí. Se trata de Flinn Brown, un adolescente con el rostro picado y los ojos verdes que solía trabajar en la fábrica de papel de Castle Hill y que compartió la misma celda de contención que Patrick, Duck, Gabriel y el difunto Gary Stanton.

—Flinn— dice Patrick, acercándose—, tenemos que irnos.

El joven asiente enérgicamente y sale al pasillo. Se queda quieto un momento, mirando una puerta abierta algo más allá.

—Esa es la habitación de Gary.

Patrick sigue la mirada de Flinn. Y después, observa la habitación de al lado, cuya puerta también está medio abierta.

—¿Quién dormía en esa?

—El chaval— responde Mark—, Jason. Y su tía.

Patrick asiente. Verónica y él cruzan una mirada que vale más que mil palabras. Han de asumir que los Fletcher, así como Gary Stanton, están muertos. Verónica, además, se pregunta otra cosa, algo que la llena de pánico. Porque una cosa es segura, y es que el nuevo brote de lo que sea que está ocurriendo ha nacido en el hotel, probablemente en una de las habitaciones cuyas puertas están abiertas, tal vez incluso en las dos, y por tanto, eso quiere decir que el virus ha viajado con ellos desde Castle Hill. La pregunta entonces es: ¿están todos infectados o era sólo uno de ellos el que llevaba el virus en su interior?

¿Han pasado algo por alto los militares?

Mark vuelve a meterse en su habitación. Patrick se acerca a Verónica. Ambos miran hacia el letrero que hay al fondo, sobre la puerta situada al final del pasillo, un pequeño cartel verde de salida, con unas escaleras dibujadas a la derecha.

—Tú eres la experta— dice Patrick—. ¿Qué hacemos ahora?

cuarto jinete_armaguedon.indd 68 25/03/13 12:14

—No podemos salir a la calle— asegura ella—. Son veloces, la mayoría de ellos corre. Y son incansables.

—Porque están muertos— murmura Patrick.

Verónica asiente, encogiéndose de hombros.

—Pero, ¿cómo es posible?— pregunta Flinn Brown junto a ellos.

—No lo sé— responde Verónica—. Pero puedes darle gracias por ello al ejército de los Estados Unidos de América.

Dejémosles un momento, porque al fondo del pasillo, en el otro extremo, Ozzy acaba de llamar a otra puerta. Stan Marshall se encuentra a su lado, y si nos acercamos mucho, comprobaremos que sigue emitiendo sus gruñidos de protesta, tan bajo que es casi inaudible, pero lo hace. No sé si has visto *Gran Torino*, pero a mí Stan Marshall me recuerda mucho al personaje de Clint Eastwood en esa película.

Ozzy se gira hacia Stan para decirle algo, pero antes de que pronuncie una sílaba, la puerta que tiene delante se abre. Es Brad Blueman el que aparece y agarra a Ozzy de los brazos y empieza a zarandearle.

—¡Santo cielo, Ozzy, no sabes cuánto me alegro de verte! ¿Has visto lo que está pasando? ¿LO HAS VISTO?— Brad va elevando la voz por momentos y habla de forma atropellada, como hace siempre que se pone nervioso—. ¡Está pasando otra vez! ¿Cómo es posible?

Puedes ver a Verónica y Patrick girándose, alarmados, y también puedes ver que Stan Marshall no necesita que nadie le ordene nada para lanzarse sobre Brad Blueman y taparle la boca con las dos manos.

—¡Cállate, joder!— ordena el kioskero con voz autoritaria pero en un susurro.

Por encima de las manos de Stan, los ojos de Brad están abiertos como platos y miran alrededor. Primero a Stan, después hacia Verónica, Patrick y Flinn.

—¿Vas a mantener esa bocaza cerrada?— pregunta Stan.

Brad asiente con la cabeza y Stan aparta las manos lentamente. Los tres hombres recorren el pasillo hacia donde se encuentra el resto. Mark y Paula salen de su habitación, ahora sí, calzados. Patrick se agacha delante de Paula, que tiene los ojos enrojecidos y las mejillas manchadas por haber llorado.

—Tranquila, preciosa. Todo va a salir bien.

Paula mira a Patrick con la intensidad dramática que sólo un niño es capaz de imprimir en una mirada.

—Me gustaría poder creerte— responde, desolada.

cuarto jinete_armaguedon.indd 69 25/03/13 12:14

Patrick levanta las cejas, sorprendido por la respuesta, y se levanta, lentamente, sin saber qué decir. Detrás de él, Stan gruñe.

—Luego la gente se pregunta por qué no me gustan los niños— murmura.

Paula se abraza a Mark, y este le pasa la mano por los hombros para calmarla. Patrick se gira hacia Verónica y mueve la cabeza en un gesto que puede traducirse como *menudo golpe me acaba de dar.*

—¿Y bien?— pregunta—. Si no podemos salir a la calle, ¿qué propones?

—Que bajemos al garaje y cojamos un coche.

Patrick acepta con un gesto de la cabeza y se gira hacia los ascensores.

—Y tú eres el agente de policía… ¿Nunca has oído eso de no usar los ascensores en caso de emergencia?

—Se refiere a incendios o terremotos, sobre todo.

—¿Y qué harás si cuando se abra la puerta resulta que tienes delante un grupo de zombies? ¿A dónde irás?

Patrick extiende las manos, dando a entender que él no es quien manda en ese grupo.

—Escaleras entonces— dice.

—Vas aprendiendo— responde Verónica.

Y así, con Verónica en cabeza sujetando una lámpara de noche como única arma, el grupo se pone en movimiento en dirección a las escaleras. Brad Blueman, que cierra el grupo, echa una mirada nerviosa hacia atrás, al pasillo vacío que están abandonando. Entre las manos, firmemente agarrada, lleva su cámara de fotos.

14

En cuanto abre la puerta, Verónica alcanza a ver la sangre que salpica la pared y las escaleras donde Gary Stanton fue masacrado por los Fletcher. Se gira hacia Patrick buscando confirmación. El agente mira hacia atrás, hacia las puertas abiertas que hay en el pasillo. El resto del grupo se amontona detrás de él.

—Alguien intentó huir por aquí— dice. No termina la frase porque todos saben cómo acaba. Ese alguien que intentó escapar fue alcanzado en la escalera.

cuarto jinete_armaguedon.indd 70 25/03/13 12:14

—Mantened silencio— ordena Verónica, hablando en susurros y dirigiéndose al resto—. Y estad preparados para echar a correr de regreso.

Esta última frase la dice clavando sus ojos sobre Brad Blueman, y podemos percibir que al periodista no le sienta nada bien, que aparta la vista y mira al suelo. Sin embargo, fíjate en sus manos, que aprieta con ira contenida. Te aseguro que Brad Blueman está ofendido, enfadado incluso. Le gustaría responder algo ingenioso, algo que dejara a esa engreída de Verónica con la boca abierta, el equivalente vocal a un tortazo en la boca, pero Brad Blueman no sabe reaccionar ante los ataques, y aunque él se odia por ello y siempre sueña con ser capaz de humillar a cualquiera con el que se enfrente, la realidad es que siempre termina bajando la vista y retrocediendo. Como lo hizo cuando Carrie Spencer se enfrentó con él a las puertas del juzgado de Castle Hill, o como lo hizo cuando Jason Fletcher le increpó en el campamento militar. En aquella ocasión, Brad terminó orinándose en los pantalones.

Brad mira hacia Verónica. La mujer ya se ha dado la vuelta y ha empezado a bajar las escaleras. Le clava los ojos en la espalda, y por un momento se imagina a sí mismo bajando a toda velocidad y dándole un empujón, y cuando ella se girara para mirarle, enfurecida, Brad le gritaría *¿Quién coño eres tú para decirme nada? ¿Crees que tengo que seguirte y soportar tus estúpidos comentarios?¿Quién te ha señalado como líder del grupo?*

—¿Tan jodidamente complicado es entender que no lo hice a propósito?— murmura. Tarda un momento en darse cuenta de que no lo ha pensado. Stan Marshall, que se encuentra delante de él, se da la vuelta para mirarle.

—¿Qué?— pregunta.

Brad menea la cabeza, quitándole importancia.

—Nada, nada— dice.

Stan Marshall vuelve a mirar hacia delante. Brad les sigue, echando miradas nerviosas de cuando en cuando a su espalda. Su expresión es la de un niño que sabe que sus compañeros de colegio se reirán de él constantemente y nada de lo que haga podrá cambiar eso. Una expresión de tristeza y frustración con la que, en su interior, no está de acuerdo. Si no estuviera tan asustado, te aseguro que Brad se pondría a llorar.

cuarto jinete_armaguedon.indd 71 25/03/13 12:14

15

Verónica pasa por encima de la sangre de Gary Stanton procurando no pisarla, dobla el descansillo y se asoma. Las escaleras están vacías y reina el silencio, lo que también hace que la situación sea más tensa. Escucha un gruñido de protesta a su espalda. Verónica echa un vistazo. Stan Marshall se ha manchado la mano con sangre reseca que hay en el pasamanos. Con un gesto de disgusto se limpia en el pantalón del mono azul.

Siguen avanzando. Al llegar a la segunda planta, Verónica empuja con suavidad la puerta. Al otro lado, el pasillo está completamente vacío y en silencio. Sigue descendiendo. Patrick se coloca a su lado. Verónica mira el extintor que el agente lleva en las manos.

—Duck Motton se quedó en el restaurante— le dice en susurros—. Y también su asistente, Gabriel. Y Lambert y Jewel.

—Pues tendremos que asumir que están muertos— responde ella.

—¿No vamos a mirar?

Verónica se encoge de hombros.

—Tú no estuviste allí, Patrick. No les has visto correr tras de ti. Puedes estar seguro de que ya no están en el restaurante. Tal vez no hayan muerto, pero sí habrán huido.

La cara de Patrick refleja que realmente no acaba de comprenderlo. Entiende que es peligroso, pero aún no ha llegado a ese punto donde su moral y la ética que se desprende de su trabajo como agente de la ley, le permite anteponer su seguridad ante un peligro desconocido. Verónica no es tonta. Ella se da cuenta.

—Mira, Patrick. Cuando estábamos en Castle Hill, la niña se quedó atrás. Mark quería ir a buscarla, aunque todos pensábamos que era demasiado peligroso. Le acompañaron tres personas más. Sólo volvió él.

—Pero salvaron a la niña.

—A costa de la vida de tres personas, Patrick.

Ella omite que dos de esas personas iban a morir de todas formas, estaban infectados. Patrick sabe que ella tiene razón, así que opta por no decir nada más. La parte de él que aún sigue siendo policía le dice que es su deber acercarse al restaurante y comprobar si queda alguien allí.

cuarto jinete_armaguedon.indd 72 25/03/13 12:14

Se están acercando al primer piso. Allí descubren que la escalera no continúa bajando, sino que se detiene en el recibidor, y deben cruzar toda la sala para alcanzar una puerta que les llevaría al parking. Verónica se asoma al vestíbulo. Ve sangre en el mostrador y en la alfombra, así como en algunas paredes y en la puerta que lleva al restaurante. Patrick también se da cuenta y suspira. Duck Motton le caía bien, y dedica un pensamiento a desear que siga vivo.

—No parece que haya nadie por aquí— susurra.

Como respuesta, la sombra de una persona pasa corriendo por delante de la puerta del hotel. En el exterior se oyen gritos, pero más lejanos que antes, a medida que los muertos van aumentando su radio de alcance.

—No nos queda otra— responde ella—. Tenemos que cruzar hasta esa puerta.

—Cuando lleguemos allí, ¿vamos a forzar un coche?

—Soy una chica con recursos.

Antes de que Patrick pueda responder, Verónica cruza el vestíbulo a la carrera, manteniéndose medio agachada, como un soldado en territorio enemigo. Patrick contiene la respiración hasta que la ve alcanzar la puerta que lleva al parking, abrirla y quedarse en el umbral, atenta al mínimo ruido que escuche en el parking. Luego, se gira hacia él y hace un gesto para que avancen.

Patrick mira atrás. Mark sujeta a Paula de la mano.

—Si quiere, yo puedo llevarla en brazos— le dice a Mark.

Mark menea la cabeza. Patrick se encoge de hombros y le hace un gesto para que pase. Mark respira hondo y mira a Paula, que está asustada. Le hace un gesto con la cabeza. Ambos corren hacia Verónica y pasan como una exhalación junto a ella. Se detienen en los primeros escalones. La escalera está a oscuras, y por debajo de ellos, todo está en penumbra. Mark extiende la mano hacia el interruptor, pero Verónica le coge de la muñeca.

—Es mejor no llamar la atención, Mark. Si una de esas cosas está cerca y ve un resplandor, podría venir hacia aquí. No sé cómo funcionan sus mentes, pero es mejor prevenir que curar, ¿no crees?

—Supongo que tienes razón, sí.

Verónica suelta la mano de Mark con suavidad. Mark le cae bien. La forma en que se desvive por Paula, con la que no tendría

cuarto jinete_armaguedon.indd 73 25/03/13 12:14

por qué tener ningún tipo de sentimiento de protección, a Verónica le parece encomiable.

El siguiente en cruzar es Ozzy. El mexicano se tapa la cabeza con las manos mientras corre y se detiene junto a Mark. Está sudando y claramente nervioso, pero sonríe a Paula con cariño cuando la niña le mira. Luego observa la escalera en penumbra y traga saliva.

Stan Marshall se asoma al vestíbulo y mira hacia la puerta, para comprobar que no hay nadie antes de correr hacia Verónica. Cuando se detiene junto al resto, Paula se esconde detrás de Mark. Stan suspira, resignado, y aparta la mirada. Está demasiado acostumbrado a producir ese efecto en los niños como para empezar a ofenderse ahora.

—Que alguien se quede en la puerta— dice Verónica—. Yo iré bajando.

Stan la releva junto a la puerta. Verónica cruza por delante de Ozzy, Mark y Paula y desciende hasta el siguiente descansillo, sujetando la lámpara. Mark la observa, dirigiéndose hacia la oscuridad y sin miedo, y se pregunta si será capaz de seguirla. ¿Recuerdas el episodio en las alcantarillas de Castle Hill? Mark tiene un pánico atroz a la oscuridad, del que te hace quedar paralizado y respirar con dificultad, sintiéndote oprimido y tembloroso. Por eso duerme siempre con una luz encendida.

Ozzy pasa junto a él y sigue a Verónica, que ya gira y desaparece tras la esquina, hacia el parking. Mark aprieta los dientes y mira a Paula. La niña le devuelve una mirada llena de cansancio.

Flinn cruza el vestíbulo a la carrera y se detiene tras ellos. Stan mira entonces hacia el otro lado. Sólo quedan Patrick y Brad por cruzar. Les hace un gesto para que avancen, y Patrick le cede el turno al periodista. Brad se lanza a la carrera y cruza el vestíbulo en unos segundos. Patrick se dispone a cruzar cuando un golpe le hace detenerse. Mira a Stan, que se ha quedado paralizado y abre los ojos con terror. Patrick se asoma al vestíbulo, manteniendo la cabeza pegada a la pared. Junto a la puerta del hotel hay un adolescente, con la ropa cubierta de sangre seca y la cara llena de heridas. Lo que más aterra a Patrick es el hecho de que le falte el brazo derecho desde el codo. Es el primer zombie que ve, y su cerebro no acaba de procesarlo porque es incapaz de comprender que ese chico siga en pie. El joven no está mirando hacia el interior, sino que per-

cuarto jinete_armaguedon.indd 74 25/03/13 12:14

manece quieto junto a la puerta, como si esperara una señal para moverse. La imagen a Patrick le parece hipnótica por lo imposible.

Y al otro lado del vestíbulo, Stan Marshall retrocede hasta que su espalda choca contra la pared, y la puerta se cierra, abandonando a Patrick Flanagan y produciendo un ruido que provoca que el adolescente muerto que se encuentra en la calle gire la cabeza y pegue la ensangrentada frente al cristal.

Patrick se aparta, sintiendo que su respiración se vuelve agitada. El adolescente golpea la puerta con el puño. El sonido, a Patrick, le recuerda al de los tambores de guerra que anuncian el próximo ataque.

16

Stan comienza a descender las escaleras de dos en dos adelantando a los demás. Brad le sigue, golpeando con el hombro a Mark, que mira hacia atrás asustado, hacia la puerta cerrada. Flinn es el único que sigue arriba con él.

—¿Y el poli?— pregunta.

Flinn se encoge de hombros. Y después, ante la mirada de reproche de Mark, comienza a bajar la escalera tras los demás. Mark mira la puerta cerrada y escucha un golpe al otro lado, de algo golpeando cristal. Sube un escalón y agarra el manillar. Se pregunta si lo hace porque le preocupa el policía realmente o para retrasar el momento de bajar las oscuras escaleras.

Paula le observa en silencio.

Mark abre la puerta, apenas una rendija. Ve a Patrick al otro lado, pegado a la pared, y cree distinguir un rasgo de alivio en la mirada del hombre al verle. Levanta un dedo y señala hacia fuera. Mark intenta mirar en la dirección que le indica Patrick, pero la orientación de la puerta le impide alcanzar a ver la puerta principal del hotel, donde el golpe contra el cristal se repite. Vuelve a mirar a Patrick.

El agente le señala y le hace un gesto para que se marche. Mark niega con la cabeza y le indica que cruce. Patrick frunce el ceño y se inclina para mirar hacia el exterior. El adolescente sigue allí, mirando hacia el interior del hotel, con la mano pegada al cristal.

Después, Patrick cruza a la carrera. Mark abre la puerta de golpe para recibirle. Fuera, el adolescente le ve, y, como si enloqueciera, comienza a golpear el cristal con fuerza y lanza un grito inhumano al

cuarto jinete_armaguedon.indd 75 25/03/13 12:14

aire que hiela la sangre de Patrick. Sin embargo, no se detiene hasta cruzar la puerta que lleva al parking. Mark la cierra a su espalda, pero eso no silencia los gritos y golpes del adolescente sobre la puerta.

—Gracias— dice Patrick.

—De nada. ¿Crees que el cristal aguantará?

—Si sigue golpeando así, lo dudo. Larguémonos.

Patrick hace ademán de comenzar a bajar, pero Mark se queda quieto. Patrick se detiene y le mira.

—¿Qué pasa?— pregunta.

—Tengo…— Mark traga saliva. Le cuesta hablar de ello. Le avergüenza reconocerlo. Siente las miradas de Paula y Patrick clavadas en él—. Tengo un problema con la oscuridad.

—¿Te da miedo?— pregunta Paula. Y sin embargo, no hay tono acusatorio, ni burlón, sino una comprensión tan abrumadora que hace que Mark quiera estrecharla entre sus brazos.

—Sí— responde.

Mark siente la mano de Paula cogiendo la suya. La niña le aprieta la mano, y Mark sonríe agradecido. Después, mira a Patrick, esperando encontrar en él la burla que no ha recibido de parte de Paula. Sin embargo, Patrick parece preocupado.

Y entonces, el agente hace algo que sorprende a Mark: estira su mano hacia él.

—No te soltaremos, ¿verdad, Paula?

Paula niega enérgica con la cabeza. Mark, asombrado, agarra la mano del policía. Los tres comienzan a bajar, lentamente, la niña y Patrick ligeramente adelantados. En unos segundos han alcanzado la esquina y giran. Mark siente una opresión en el pecho al comprobar que el siguiente tramo de escalera está aún más oscuro que el primero. Al fondo hay otra puerta, metálica, con una barra a la altura de la cintura, de esas que hay que empujar para que se abran. Patrick y Paula siguen bajando y tirando de él con suavidad. Mark se deja llevar, y siguen avanzando, a pesar de que Mark siente que no podrá continuar porque sus piernas se bloquearán después de cada paso.

No ocurre, y finalmente, Patrick alcanza la puerta. Empuja la barra y abre la puerta. Al otro lado, el parking sí aparece iluminado, con luces blancas dispuestas cada cuatro o cinco metros.

—¡No ha sido difícil!— exclama Paula, alegre.

cuarto jinete_armaguedon.indd 76 25/03/13 12:14

Desde arriba les llega el sonido de cristales rotos, seguido de un gruñido voraz y de pasos que corren por el vestíbulo. Y son los pasos de más de una persona.

—¡Vamos!— les apremia Patrick.

17

Verónica ha elegido un Toyota Land Cruiser 200 plateado aparcado en una esquina del parking. Está agachada junto a la puerta, hurgando en la cerradura con una varilla que ha sacado de la lámpara. Flinn, Stan, Brad y Ozzy la rodean, atentos a la mujer y observando alrededor, nerviosos.

Patrick, Paula y Mark les alcanzan.

—¿Cómo vas, Verónica?— pregunta Patrick, lanzando una mirada de enfado a Stan.

El kioskero baja la vista, avergonzado. Mark mira ansioso hacia la puerta que acaban de cruzar.

—Estoy a punto— dice ella.

—Más nos vale.

Verónica mira interrogante a Patrick. Este se da la vuelta y agarra el extintor con fuerza, expectante.

—Oh, Dios…— murmura Stan Marshall—. ¿Están viniendo?

—Sí.

—Mierda…

Stan retrocede hasta chocar con el Land Rover. Mira a Verónica, ansioso, pero ella no parece nerviosa. Sigue trabajando en la cerradura con calma, moviendo a un lado y al otro la varilla. Escuchan pasos que bajan la escalera y un alarido. Paula se esconde detrás de Mark. De repente Flinn echa a correr. Brad le mira, y por un momento siente la tentación de correr tras el chico, pero no lo hace.

—¡Flinn!— Stan no grita porque se contiene. Mira al chico, pero Flinn no deja de correr.

—Ya está.

Con un clic, Verónica gana la batalla contra la cerradura del Land Rover y abre la puerta. Mientras ella se agacha para colocarse debajo del volante, Stan, Brad y Ozzy saltan a los asientos traseros. Mark empuja a Paula para que entre en el coche y regresa junto a Patrick.

cuarto jinete_armaguedon.indd 77 25/03/13 12:14

—¡Mark!— la niña lanza los brazos hacia él, desesperada, pero Ozzy la sujeta para que no salga del coche. Brad cierra la puerta. Paula patalea y empieza a llorar.

Patrick mira a Mark.

—Entra en el coche, Mark. Yo me ocupo de esto.

—Tal vez necesites ayuda.

—Esa niña te necesita más que yo. Vamos, sólo tengo que ganar un poco de tiempo para Verónica.

Mark mira a Patrick, y este asiente con la cabeza, dándole permiso. Después, Mark mira hacia el coche y ve a Paula llorando entre los brazos de Ozzy. Se da la vuelta y entra en el coche. Paula se lanza a sus brazos y él la estrecha con todas sus fuerzas.

En ese momento, la puerta que lleva al vestíbulo se abre de golpe y es atravesada por el adolescente sin brazo. Al verlo, Brad lanza un gritito de terror y se lleva las manos a la boca. Patrick, por su parte, retrocede un paso. El adolescente gira la cabeza hacia él y abre la boca, lanzando un grito ansioso. Después, echa a correr hacia Patrick. Por la puerta que da a las escaleras aparecen otros cinco zombies, igualmente furiosos, igualmente hambrientos.

—¡Verónica!— grita Patrick, sin darse la vuelta.

—¡Estoy en ello!— grita ella.

—¡Date prisa, por favor!

—¡Lo intento!

El adolescente corre. Patrick levanta el extintor por encima de su cabeza y respira hondo. Espera mientras el adolescente muerto acorta la distancia entre ellos. Cuando se encuentra a menos de dos metros, Patrick lanza un golpe con todas sus fuerzas. El extintor choca contra la sien del adolescente. El crujido suena igual que cuando partes un hueso de pollo. El chico cae al suelo completamente inerte. Patrick mira hacia el resto de zombies que corren hacia él.

El motor del Land Rover se pone en marcha a su espalda. Verónica salta al asiento y cierra la puerta.

Patrick apunta a los zombies con la manguera del extintor y aprieta, lanzando un chorro de espuma hacia ellos. Después, arroja el extintor hacia el que va en cabeza y corre hacia el coche. Verónica está dando marcha atrás. Patrick salta por encima del capó, cae al otro lado, abre la puerta y se mete dentro.

cuarto jinete_armaguedon.indd 78 25/03/13 12:14

Verónica acelera. La mano de uno de los zombies logra golpear la parte trasera del vehículo. Dentro, Ozzy lanza un grito de alivio y Stan Marshall se echa a reír.

La risa y la algarabia, por desgracia, duran poco tiempo. Cerca de la rampa de salida del parking ven a Flinn Brown en el suelo, rodeado por un grupo de cuatro muertos vivientes que devoran las entrañas del joven. El Land Rover pasa como una exhalación junto a ellos y salta a la noche de Los Ángeles. Después, gira a la derecha y se aleja del Radisson Hotel.

cuarto jinete_armaguedon.indd 79 25/03/13 12:14